

A.
P







A.T.A.
718

EL GENERAL

ÁLAVA

HOMENAJE

TRIBUTADO Á SU PRECLARA MEMORIA

POR

RICARDO BECERRO DE BENGOA



MADRID

TIPOGRAFÍA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ

IMPRESOR DE LA REAL CASA

Libertad, 16 duplicado

1884

EL GENERAL

ALAVA

HOMER

THE HISTORY OF THE

REIGN OF THE

MARSH

OF THE

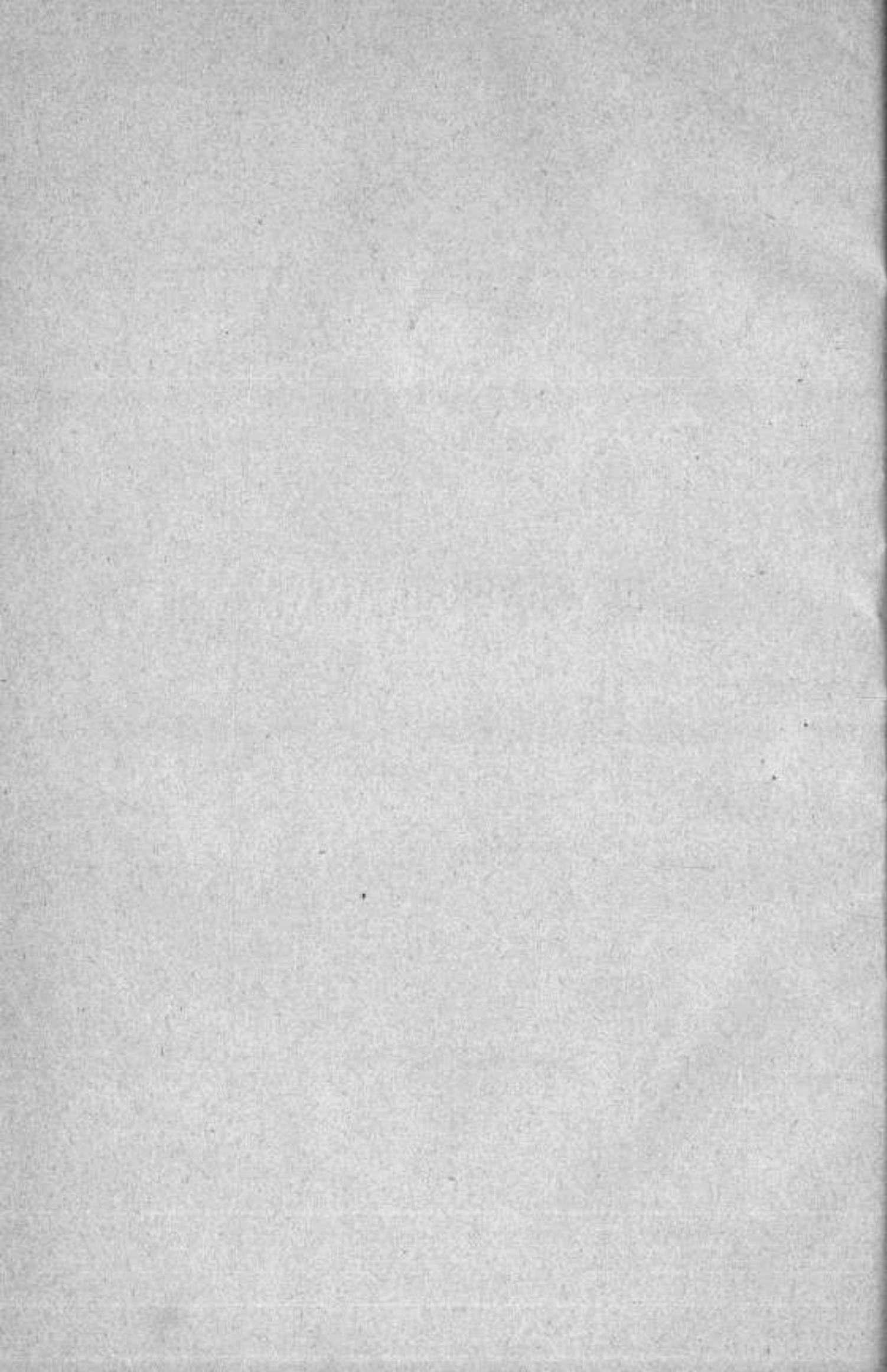
1851

Sancho el Sabio

418



EL GENERAL ÁLAVA



R-3164

EL GENERAL

ÁLAVA

HOMENAJE

TRIBUTADO Á SU PRECLARA MEMORIA

POR

RICARDO BECERRO DE BENGOA



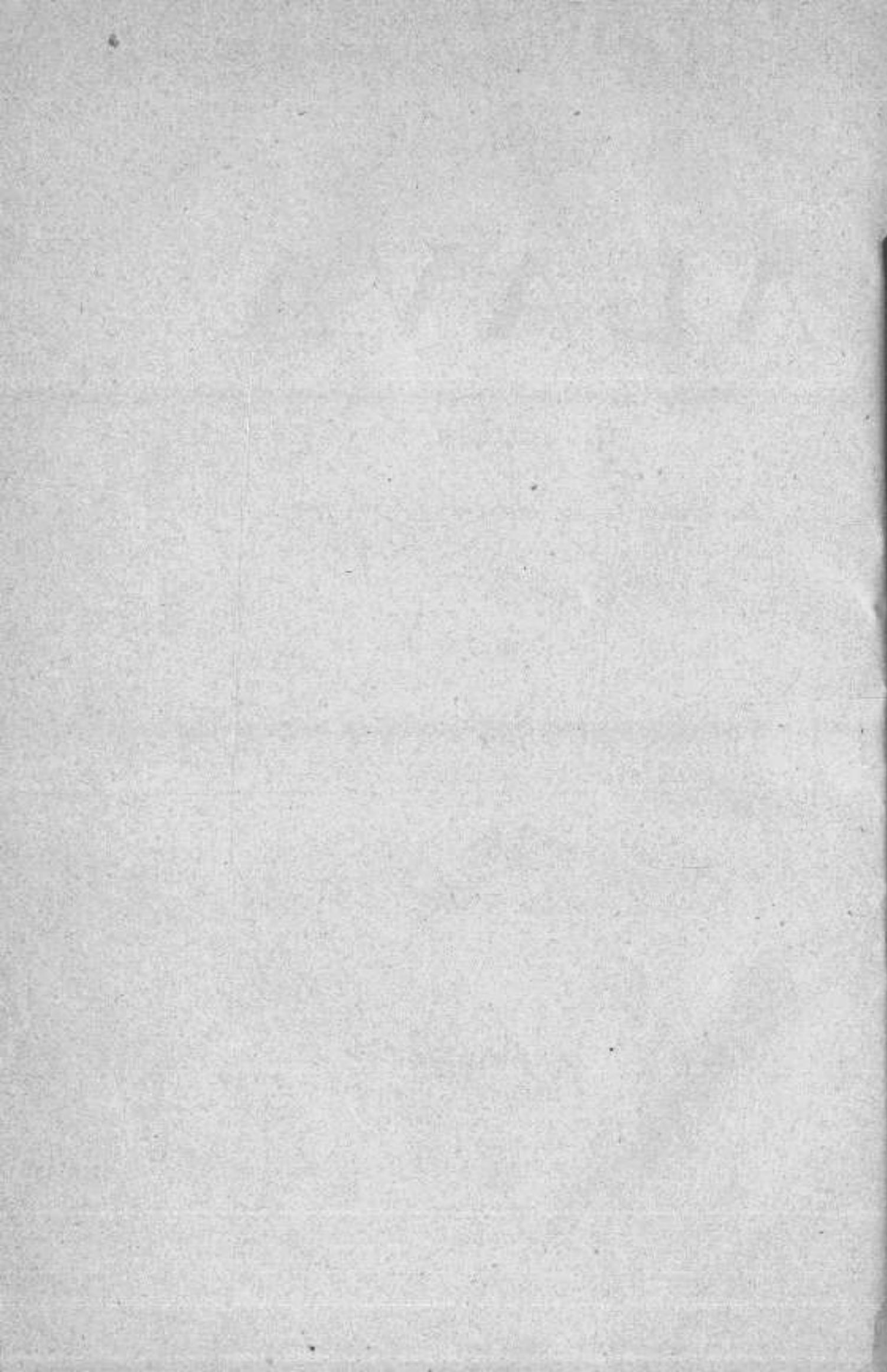
MADRID

TIPOGRAFÍA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ

IMPRESOR DE LA REAL CASA

Libertad, 16 duplicado

1884

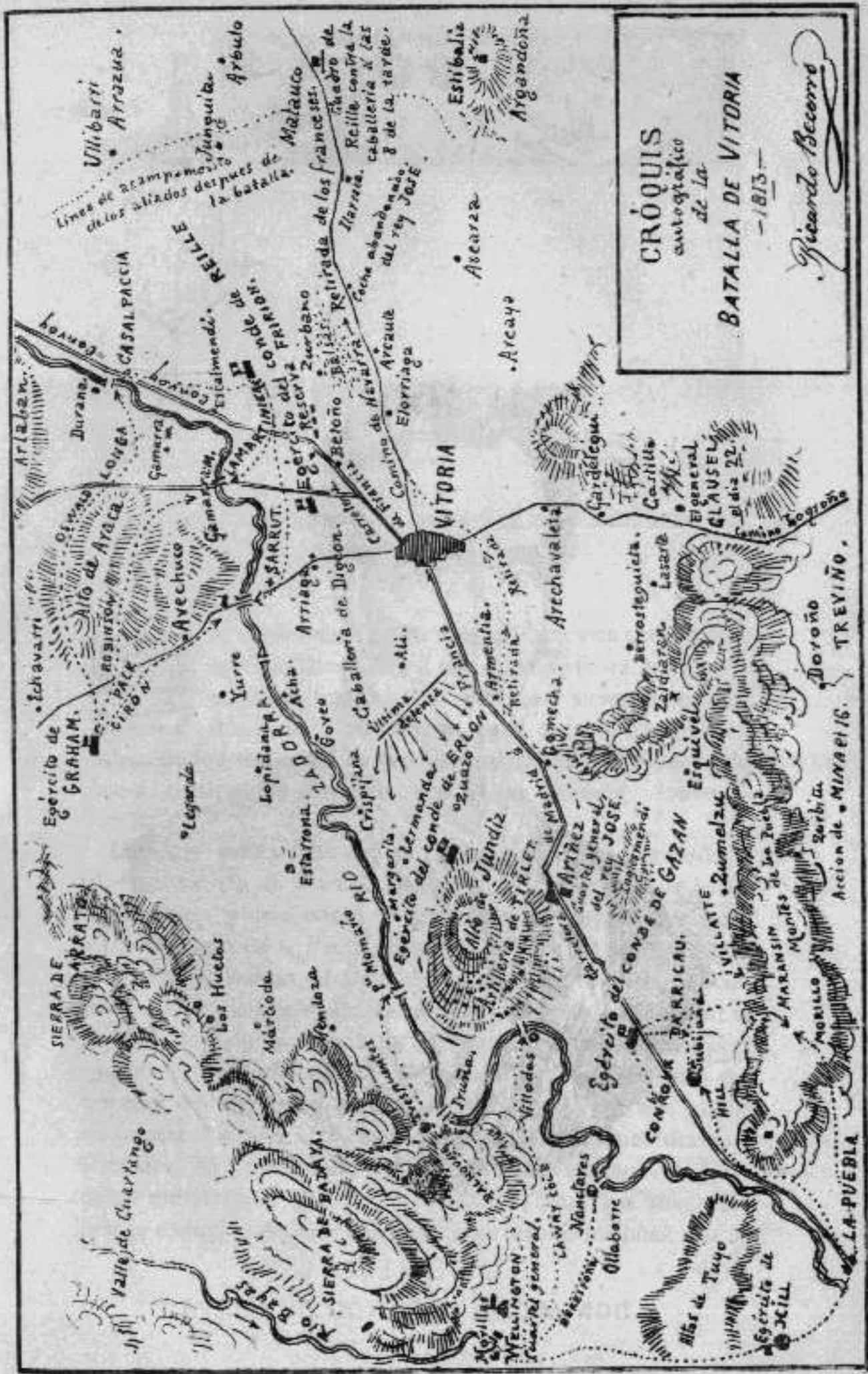




DOOR HET ... VAN DE ...



EL GENERAL
DON MIGUEL RICARDO DE ALAVA.



CRÓQUIS
autográfico
de la
BATALLA DE VITORIA
-1813-
Ricardo Becerra

Wm. H. & A. Co.
No. 10 N. 1st St.
CINCINNATI





EL GENERAL ALAVA

AL EXCMO. AYUNTAMIENTO DE LA M. N. Y M. L. CIUDAD
DE VITORIA.



A ciudad de Vitoria va á celebrar con entusiasmo, en el próximo día 21, una solemne fiesta, al cumplir un desco tantas veces repetido y siempre acariciado: el de la inhumación, en el cementerio de Santa Isabel, de los restos del ilustre General D. Miguel Ricardo de Alava, trasladados desde Bareges (Altos Pirincos), donde falleció.

La fecha memorable del 21 de junio de 1813 recuerda la gloriosa batalla de Vitoria, que puso fin á la guerra de la Independencia y que, como asegura Thiers, cambió por completo las cosas de la Península y las de toda Europa. Un hijo insigne de la ciudad, el diputado foral de la provincia, el General Alava, fué, en el Estado Mayor de Lord Wéllington, el hombre de toda la confianza del gran caudillo británico, á quien inspiró el plan general de la batalla, como perfecto conocedor de la comarca alavesa, contribuyendo de este modo en primer término, al éxito incomparable de aquel decisivo combate. El 21 de junio, día de San Luis Gonzaga, ha sido desde entonces de grandes recuerdos. Todos los vitorianos hemos conocido realizar tres especiales manifestaciones, que se

verificaban anualmente en memoria del gran suceso: el rosario, que en respetuosa y concurrida procesión se rezaba por las calles; la atenta visita que el Ayuntamiento hacía á la señora D.^a María Loreto de Arriola, viuda del General Alava, y los regocijos á que se entregaba el público cuando, encendidos grandes hachones en el balcón de la casa de la ciudad, sonaban en la plaza los acordes del euskaro tamboril.

Siempre se lamentó en Vitoria el que, por inexplicable inercia, continuasen en Bareges los restos del General, y en diferentes ocasiones excitó la prensa á las autoridades á que se hiciera la descada traslación (1). Hoy, gracias á un acuerdo del Ayuntamiento vitoriano, que han presidido mis queridos amigos y condiscípulos D. Odón Apraiz y D. Joaquín Herrán, una comisión de muy distinguidos y respetables vecinos, compuesta de los Sres. D. Francisco Juan de Ayala, exdiputado general, D. Juan de Aldama, presidente de la Diputación; y D. José María de Zabala, exalcalde de Vitoria, acompañados de D. Ricardo de Alava, único heredero y representante de la ilustre casa de este apellido, han pasado á aquella población francesa, para llevar á cabo la traslación, después de haberse cumplido todas las formalidades legales.

Al celebrar Vitoria la solemne fiesta, aparecen de relieve las grandes cualidades que hicieron del General Alava un capitán ilustre, un liberal decidido, un hábil diplomático, un Ministro de la Corona por todos respetado y un verdadero ejemplar, siempre enaltecido, de tolerancia, de distinción social y de exquisita caballeridad. Ahora que está su nombre en todos los labios y que el recuerdo de sus méritos palpita en todos los corazones, es muy grato recordar el conjunto de los

(1) No sabemos cuándo se verificará la traslación de los restos—decíamos en el número de *El Mentón* de 21 de junio de 1868, dedicado exclusivamente á esta solemnidad—para que sean depositados en el precioso panteón que con este objeto se erigió hace muy poco tiempo en el campo santo de la ciudad. La traslación ha de dar lugar, indudablemente, á la celebración de solemnes honras fúnebres, y nada más justo sino que todos los años, al llegar este memorable día, se adorne con una corona la urna funeraria y se depositen flores en torno del monumento que contenga sus cenizas.

hechos de su vida, para que ensalzados como se merece, formen en estas páginas una modesta corona, que deposite sobre su tumba como tributo de veneración á uno de los más valientes sostenedores de nuestra independencia nacional y á uno de los espíritus que con más cultura, decisión y consecuencia rindieron culto á las grandes reformas de la libertad, sufriendo mucho por ella, y teniendo por muy preciada honra el defenderla y propagarla por todas partes.

Fué, en efecto, el noble patricio uno de los grandes hombres que ilustran la historia patria, de principios de nuestro siglo, y por lo mismo, la fiesta que celebran los alaveses en honor á su memoria, tiene el carácter de una verdadera solemnidad nacional, igualmente esplendorosa para las armas que para las libertades españolas.

I.

LOS ALAVAS.

La provincia de Alava contribuyó á enaltecer las glorias de la patria, al través de los siglos, con las hazañas de sus valerosos hijos los Guevaras, los Mendozas, los Ayalas, los Salcedos, los Gaunas, los Velascos y otros, cuyos memorables hechos esmaltan con vívida luz la memoria de los pasados tiempos. Al lado de los nombres de esas casas ilustres, figuró con justicia, desde el siglo XV, el de la casa de Alava, que debiera producir en adelante muy ínclitos varones.

A principios del siglo XVI, en 1505, aparece como Maestro de Campo, comisario y diputado general vitalicio de la provincia, D. Diego Martínez de Alava, quien en 1490 asistió al frente de los caballeros alaveses á las guerras y conquista de Granada, y en 1503, con 800 ballesteros, á los combates de la frontera de Francia. En 1512, en la campaña de Navarra, mandó 1.200 alaveses en el sitio de Estella, con los que asistió también, á las órdenes del Duque de Alba, á la

toma de Pamplona. En 1516, con 1.000 soldados defendió la frontera contra los franceses.

El y sus parientes figuraron sobre manera en la guerra de las Comunidades, en defensa del Emperador Carlos V, contra el afamado caudillo alavés D. Pedro López de Ayala y Sarmiento, Conde de Salvatierra. Vivía en Vitoria con D. Diego su hermano Pedro Martínez de Alava, y eran sus hijos respectivamente, D. Fernando, alcalde del castillo de Bernedo, y Juan, merino mayor de Vitoria. Este se negó á que la población entrase en la Comunidad, cuando los de Burgos le invitaron á ello (1521), y apresó al enviado de los comuneros de Valladolid, Antonio Gómez de Ayala, llevándole á Bernedo. Los procuradores de las hermandades alavesas, reunidos entonces en juntas (noviembre de 1520), se pronunciaron en favor del Conde; pero D. Diego consiguió que la ciudad se mantuviera fiel. Al año siguiente, al aproximarse Ayala á Vitoria, huyó Alava con sus parientes á Treviño, y desde allí con 400 soldados y 100 caballos, que le envió el Duque de Nájera, se dirigió á Andagoya á buscar á Ayala, cuya casa quemó. Ayudado por D. Manrique de Lara, hijo del Duque de Nájera, tomó á Salvatierra, destruyó el palacio del Conde, quemó las casas que éste tenía en Gauna y permaneció en la villa hasta que D. Martín Ruiz de Avendaño y de Gamboa y D. Gómez González de Butrón y Múgica y D. Gonzalo de Valenzuela y el Conde de Altamira y D. Hurtado Díaz de Mendoza y D. Ochoa de Asúa, con sus gentes derrotaron al Conde en la batalla de Durana y cogieron prisionero á don Gonzalo de Varona, que fué encerrado en casa de Pedro de Alava y ajusticiado en la plaza de la Leña, hoy de Santo Domingo.

Durante las guerras de Navarra, se había enlazado esta casa de Alava con la del famoso caballero vasco-navarro D. Francés de Beaumont (Viamont dicen otros), aquel caudillo que en nombre del Condestable Velasco, pariente y enemigo del Conde de Salvatierra, tomó á Ampudia y la torre de Mormojón, en esta tierra de Campos, donde escribo. De tal enlace nacieron ilustres militares, y entre otros, D. Francés de Alava y Beaumont, Capitán General de Artillería; su hijo D. Fran-

cisco de Alava y su nieto D. Diego de Alava y Beaumont, gentil-hombre de cámara de Felipe II é ilustre artillero también, que publicó en 1612 una magnífica obra titulada: *El perfecto capitán instruido en la disciplina militar y nueva ciencia de artillería*. Entre los otros Alavas que no se dedicaron á la carrera de las armas, figuran el referido D. Juan de Alava, diputado general de la provincia desde 1540 á 1543, y D. Diego de Alava y Esquivel, Obispo de Astorga y de Córdoba, asistente al Concilio de Trento, presidente de las reales Chancillerías de Granada y Valladolid y autor de la obra *De conciliis universalibus, ac de his quæ ad Religionis et Reipublicæ Christianæ reformationem insituenda videntur* (1562). En el siglo siguiente aparecen como diputados generales D. Pedro de Alava y Eguino, en 1630, y D. Pedro de Alava y Esquivel en 1633. En este tiempo enlazó la casa de Alava con las tan distinguidas entonces en Vitoria, de Aguirre y de Agurto. En el siglo XVIII, en 1702, fué diputado general D. Francisco Carlos de Alava; en 1720 D. José Jacinto de Alava; en 1732 y 1753, D. Gaspar de Alava y Aranguren, y en 1747 D. José Ignacio de Alava. En 1702 brilló en Flandes D. Francisco de Alava y Arista, Mariscal de Campo de los ejércitos españoles y caballero de Alcántara. A fines del siglo figuraban en esta casa el brigadier de la Real Armada D. Ignacio de Alava, el teniente coronel D. Luis, Gobernador de Valparaíso, el brigadier D. José, jefe del regimiento de la Puebla de los Angeles, y el capitán D. Pedro Jacinto. Casó este último con D.^a Manuela de Esquivel, de la distinguida familia vitoriana de este apellido, y de la casa de los Marqueses de Legarda, y de ellos nació, en 7 de febrero de 1772, D. MIGUEL RICARDO DE ALAVA.

Era D. Pedro Jacinto de Alava y Navarrete subdelegado de rentas generales, y al ordenar el Gobierno en 1780 la continuación de la carretera general desde Valladolid á Burgos, por una parte, y desde Miranda á Burgos por la otra, ya que estaba terminada la de Arlabán á Miranda, recibió los fondos necesarios para la construcción, que empezó inmediatamente. Pasó algún tiempo, y cuando la carretera estuvo concluida, el subdelegado Sr. Alava entregó al Gobierno doce mil duros,

que resultaban sobrantes. Las cuentas de la inversión del dinero recibido para las obras aparecían justas é irreprochables; el presupuesto se había consumido íntegro: ¿de dónde procedía, pues, tan crecido excedente? Tal fué la pregunta que hizo el Gobierno al subdelegado vitoriano.—A nosotros no nos debe usted nada—se le dijo en Madrid;—ese dinero no es nuestro.

Alava explicó bien fácilmente el origen de aquellos fondos, que resultaban en beneficio del Estado. Cuando al principiar las obras recibió la cantidad necesaria para su ejecución, empleó una parte, en efectivo, en los primeros trabajos, é impuso el resto del dinero, tomando por él una serie de vales reales, que le producían un notable interés. De esta manera, tratándose de la construcción de un trayecto de más de quince leguas, el período de ejecución fué largo, y durante él percibió sin cesar el interés de las cantidades impuestas, en vez de retenerlo muerto é improductivo en caja. El capital era del Gobierno; pero la idea era suya, y es presumible que cualquiera otro, más positivista é interesado que él, hubiera considerado legítimamente suyos los productos de su idea. Alava no lo creyó así; entregó el producto de los intereses en manos del Gobierno, y éste al contemplar tanta honradez, talento é integridad, rehusó decididamente al hacerse cargo de aquel sobrante, pero hubo de aceptarlo al fin, ante la inquebrantable firmeza del digno vitoriano, que lo rehusó siempre. Entonces el Gobierno acordó conceder á su hijo Miguel Ricardo una pensión vitalicia de 12.000 rs., que ni D. Pedro Jacinto aceptó, ni el futuro General llegó á cobrar jamás. Tan admirable conducta, consecuencia natural de la severa y acertada administración que siempre practicó en las obras, tuvo digno apoyo en las especiales dotes de talento é integridad, aunque su compañero en la Sociedad Económica vergaresa, el director de la construcción de las carreteras, D. Manuel de Echanove, vitoriano también, llevó á cabo los trabajos, desde Miranda á Burgos, siguiendo las huellas de laboriosidad y honradez de su padre D. Francisco, que construyó el trozo desde Arlabán á Miranda, y dando noble ejemplo á su hijo el reputado inspector de ingenieros D. Francisco Antonio de Echanove, que tantas otras ha construído.

II.

ÁLAVA MARINO.

Recibió el joven D. Miguel Ricardo su educación primera en el afamado convento de dominicos de Vitoria, y muy niño aún, é impuesto en el latín y principios de filosofía, fué llevado al Real Seminario de Vergara, emporio ilustre de las ciencias y de las letras, en el que se educaron los hombres más distinguidos de aquel tiempo, fundado por la *Sociedad Vascongada de Amigos del País*, la primera que se estableció en España, por la iniciativa del ilustre Conde de Peña Florida, y con el beneplácito y protección del insigne Carlos III (1765). Aquella sociedad inolvidable, contaba en el número de sus afiliados á la mayor parte de los hombres ilustres de España, y á sabios extranjeros de tanta nombradía como Prouts, el P. Almeida, D'Arcet, Bailly, Casini, Daubenton, Estaing, Fourcroy, Lalande, Laplace, Lefevre, Eluyar, Mechain, Multz, Parsons, Robertson, Siockens-trom, y otros. En el Seminario vergarés estudiaron á fines del siglo los inspirados escritores alaveses, el fabulista Samaniego y el satírico Xérica.

Grande era la afición que en la aristocracia vascongada se sentía en aquella época hacia la marina militar, é influido por el ejemplo de muchos distinguidos jóvenes y por el de su propia casa, ingresó Alava como guardia en la Armada, después de haber terminado sus estudios preparatorios en Vergara y de haber sido cadete del regimiento de Sevilla, en que sirviera su padre.

Comprometidos por nuestras fatales alianzas con Francia; y en lucha abierta por el mar con los ingleses, hizo Alava su glorioso aprendizaje de las armas en los encuentros del cabo de San Vicente, que le valió su ascenso á oficial, y del cabo de Finisterre (22 de julio de 1805), en el que peleó al lado de Gravina, como ayudante suyo. Llegado el terrible y desas-

troso día de TRAFALGAR, en octubre inmediato, quedó el nombre de los Alavas, en tan memorable combate, á la altura de los de los demás héroes españoles que en él brillaron.

Mandaba la retaguardia, enarbolando su pabellón en el navío de tres puentes y de 112 cañones, *Santa Ana*, el General D. Ignacio María de Alava, y contra él precisamente se dirigió el Almirante Collingwood, que montaba el *Royal Sovereign* de 150 cañones, mientras que el jefe de la escuadra británica Nelson acometía con el *Victory* al *Santisima Trinidad*, que mandaba Cisneros, y al *Bucentauro*, que ostentaba la insignia del Almirante Villeneuve, jefe de la flota aliada franco-española. Al lado de D. Ignacio se hallaba su sobrino D. Miguel Ricardo de Alava. La lucha entre el *Santa Ana* y el *Sovereign*, ayudado aquél por el buque francés *Fougeux* y éste por otros tres navíos ingleses, duró cinco horas. Los dos navíos enemigos se tocaban en su velamen bajo y las andanadas de su artillería sembraban la muerte por todas partes. Los tiros del *Santa Ana* estuvieron más de una vez á punto de echar á pique al *Sovereign*, y al fin, desmantelado este buque, tuvo que abandonarlo Collingwood, refugiándose en el *Euryalus*, al mismo tiempo que el valiente Alava y su abanderado Gardoqui caían heridos sobre el puente del suyo. Aun se batió largo tiempo contra los otros tres navíos, hasta que, perdidos todos sus palos, deshechas sus baterías, sin esperanza de socorro alguno y teniendo á bordo 97 muertos y 141 heridos, arrió su bandera y se entregó al enemigo. Ya entretanto Villeneuve se había rendido con el *Bucentauro*; Nelson había muerto; Gravina y Escaño yacían heridos en el *Principe de Asturias*; Valdés en el *Neptuno*; Vargas en el *San Ildefonso*, y Churruca, Alcedo y Alcalá Galiano habían perecido á bordo de sus respectivos buques: *San Juan Nepomuceno*, *Montañés* y *Bahama*. Al lado de estos gloriosos nombres ha escrito la historia de aquel día los de los valientes marinos Uriarte, Cisneros, Macdonell, Pareja, Argumosa, Ruiz de Apodaca, Gastón, Quevedo y otros, que con los de los franceses Alagon, Lucas, Magendie, Prigny, Dumanoir y Cosmao se recordarán siempre, mientras se hable de un combate, que en manos de Gravina y Alava hubiera sido un triunfo, pero que

se malogró tristemente ante la obcecación é impericia de Villeneuve.

Los ingleses, tan destrozados y deshechos como nosotros, aunque vencedores, no pudieron salvar de las iras de la tormenta, que sobrevino en la noche de la batalla (21 de octubre), los inmensos cascos descarbados de los buques prisioneros, que en su mayor parte fueron juguete de las olas. El Almirante Collingwood llevaba entre otros al *Santa Ana*, con los Alavas, y habiendo salido de Cádiz en su busca el 22, cinco buques españoles y franceses, entre ellos el *Neptuno* y el *Plutón*, fué rescatado, debiéndose gran parte de este suceso á la presencia de ánimo del heroico D. Ignacio María de Alava, que al ver aproximarse la flotilla aliada, se dirigió á los suyos, prisionero y todo, empuñó las armas, y sembrando el terror entre los ingleses que le custodiaban, se impuso, hizo tomar rumbo hacia Cádiz y se libertó amparado por los fuegos de los buques amigos (1).

De este modo tan glorioso está unido el recuerdo de los ilustres hijos de Vitoria al del combate de Trafalgar, y no tiene nada de extraño, y sí mucho de lógico, el que el Ayuntamiento de la ciudad consagre esta memoria, dando el nombre de Trafalgar á una de las plazuelas que se forman en el moderno ensanche del vecindario, y que coloque en una de las nuevas fuentesalzada en medio de aquélla, el busto ó una lápida, en memoria del bravo D. Ignacio María.

Con tan ilustre maestro y modelo, y bajo su amparo, hizo sus primeras campañas D. Miguel Ricardo, que heredó bien pronto el renombre y consideración que la España entera concedía á su tío. Deshecha nuestra escuadra y anunciándose en el horizonte los siniestros fulgores de la invasión napoleónica, ingresó Alava en el ejército, después de haber conquistado en

(1) Consérvase el retrato de este valiente General en el palacio de los Alavas en Vitoria, y los vitorianos tuvieron ocasión de contemplarlo en la solemne velada artística que se celebró el 21 de junio de 1869 en el salón inolvidable del *Círculo filarmónico*, dedicada á la memoria de los Alavas, en la que leyeron poesías los inspirados vates Obdulio de Perea, Constantino Merino y otros.

el mar el grado de capitán de fragata, dispuesto á combatir sin tregua por la independencia de la patria contra sus aliados de ayer, que después de habernos causado la inmensa desgracia de Trafalgar, querían imponernos su dominación y un rey.

III.

ÁLAVA GENERAL.

Retirado en Vitoria ante la expectativa de los graves acontecimientos que se preparaban, fué honrado el coronel Alava con el cargo de diputado, representante de la provincia, para el Congreso de Bayona. En efecto, habiendo huído á Francia, á acogerse al amparo de Napoleón, nuestros Reyes Carlos IV y Fernando VII, dispusieron el General Murat, Gran Duque de Berg, y la Junta Suprema de gobierno, la reunión de una Junta ó Diputación en Bayona, compuesta de 150 personas, «para tratar allí de la felicidad de toda España.» En el decreto que así lo ordenaba, publicado en la *Gaceta de Madrid*, decía la instrucción 11.ª: «Que la Diputación de Vizcaya nombre un sujeto, la de Guipúzcoa otro, haciendo lo mismo el diputado de la provincia de Alava con los consiliarios y oyendo á su asesor.» Instigado Alava por los hombres más importantes de la provincia, que veían en sus relevantes prendas una garantía perfecta para que el país pudiera evitarse grandes males, en las terribles contiendas que se preveían, aceptó el cargo de diputado y asistió á la parodia de Congreso, que se celebró bajo la presión del Emperador Napoleón, y ante la pasividad del futuro Rey José, legitimado con la aquiescencia y beneplácito del escéptico Fernando VII.

Aquellas pasajeras fórmulas parlamentarias se olvidaron bien pronto ante el estruendo de la guerra. Alava desenvainó su acero de Trafalgar, y en breve se halló entre el fragor de las batallas mandando el regimiento de Ordenes en la división de vanguardia del ejército del Centro, que dirigía el Duque de

Alburquerque á las órdenes del caudillo General Cuesta. Con ellos se batió contra el Mariscal Víctor en la desgraciada batalla de Medellín (28 de abril de 1809). Asistió como ayudante de Alburquerque al referido triunfo de Talavera (27 y 28 de julio), donde se distinguió extraordinariamente en el cerro de Medellín, haciendo que el capitán Entrena rechazase á cañonazos el asalto de las divisiones Ruffin y Villatte. En aquella jornada conoció al General, jefe de las fuerzas inglesas, nuestras aliadas, lord Arturo de Wellesley, su futuro compañero y gran amigo, quien, por el éxito de aquel día, fué nombrado por la Junta Central española Capitán general de nuestro ejército, y por el Gobierno inglés Par del reino y Vizconde de Wéllington de Talavera. En el mismo año (el 18 de octubre) al lado del valiente D. Gabriel de Mendizábal, jefe de los batallones vascos y á las órdenes del Duque del Parque, combatió contra las divisiones de Marchand y Mancune en la feliz batalla de Tamames. Se halló en el combate de Medina del Campo (23 de noviembre) y en los cuadros con que el valiente Mendizábal resistió al General Kellerman en la desbandada de Alba de Tormes (28 de noviembre).

Perdida la terrible batalla de Ocaña por los españoles, avanzó el Rey José con el Mariscal Soult por Andalucía adelante, entró en Jaen y Córdoba y hubiera apresado á la Junta Central, que se hallaba en Sevilla, á no haberse interpuesto el ejército del Duque de Alburquerque y la división de D. Tomás Cerain. Trasladóse la Junta á Cádiz el 13 de enero de 1810, y se fortificó considerablemente la plaza, defendida por la parte del mar por la escuadra que mandaban D. Ignacio María de Alava y el Almirante inglés Purvis, y por la parte de tierra por la división de Alburquerque, en la que figuraba el brigadier D. Miguel Ricardo. Nombrado el Duque de Alburquerque embajador en Londres, tomó el mando de su ejército el General Blake. La Junta soberana destinó á Alava al cuartel general de Lord Wéllington, en calidad de representante del ejército español, y con este motivo se trasladó á la frontera de Portugal, donde el caudillo inglés preparaba la defensa de la línea de Torres-Vedras, para dejar seguro á Lisboa. Tal confianza tenía aquel jefe en el establecimiento de

estas líneas amparadas por 600 cañones, que tratando de ellas, dijo á su amigo Alava: «No ha podido cabernos mayor fortuna que el haber asegurado el punto de la isla gaditana y este de Torres-Vedras, inexpugnables ambos, y en los que, estrellándose los esfuerzos del enemigo, daremos lugar á otros acontecimientos y nos prepararemos con nuevos bríos á ulteriores y más brillantes empresas» (1).

En compañía de Wéllington presencié la terrible acometida que dieron al ejército aliado en la sierra de Busaco los franceses mandados por Massena, Ney, Junot y Reynier (20 de setiembre 1810); así como la retirada desde Santaren (marzo de 1811) y la expulsión de Massena de Portugal. Se halló después en la toma de Olivenza con Lord Beresford (15 de abril), y en el sitio de Badajoz. Con el mismo General inglés y con Blake y Castaños tomó parte en la victoria de la Albuera, en que fué derrotado el Mariscal Soult (16 de mayo de 1811). Hizo Alava en el cuartel general de Lord Wéllington la gran campaña de Extremadura y Salamanca de 1812, encontrándose en la toma de esta ciudad; en la batalla de los Arapiles (22 de julio) y en la entrada de las tropas en Madrid el 12 de agosto, después de haber huído el Rey José.

Presidió con D. Carlos de España, nombrado Gobernador de la villa, la proclamación de la inmortal Constitución, hecha en las Cortes de Cádiz y el juramento de los representantes del vecindario de Madrid, celebrándose esta solemnidad en el templo de Santa María de la Almudena. Mientras tanto, los ingleses tomaron á viva fuerza El Retiro, donde habían dejado los franceses una guarnición de 2.500 hombres. El furor de mucha parte del pueblo de Madrid contra los afrancesados era muy grande, y se temía, con justicia, que sobrevinieran terribles y sangrientas venganzas, que llenasen de luto la capital de la Monarquía, que sirviesen de indigno ejemplo á otras localidades, y que se ahondasen para siempre los odios entre las familias. El General Alava, generoso y caballero antes

(1) CONDE DE TORRENO.—*Historia del levantamiento, guerra y revolución de España.*

que todo, se convenció de la gravedad y trascendencia del peligro, y como representante del generalísimo Lord Wellingtón, publicó una proclama de amnistía y perdón, llamando á los comprometidos por el Rey José, é invitándoles á pasar al servicio de la patria. Tan grande fué el efecto de la sensata obra de Alava, que aquel mismo día se presentaron á su autoridad más de ochocientos soldados y oficiales. Los patriotas exagerados censuraron este acto político del General; hubo propósitos de hacer públicas demostraciones en contra suya, y hasta en las Cortes de Cádiz tomaron la palabra los diputados Villanueva y Capmani, logrando que expidieran un ridículo decreto de inhabilitación y persecución contra los afrancesados (21 de setiembre), que produjo tan malos resultados, que hubo de ser anulado por otro de 14 de noviembre. Y no sólo contribuyó esto á afianzar el buen nombre del dignísimo Alava, sino que lo enalteció sobre manera, con su opuesta y fiera conducta, su compañero de mando, D. Carlos de España, quien usó de indignos procedimientos de persecución con los caídos, que merecieron la reprobación de los madrileños cultos y formales y que valieron á éste tanto desprestigio como á aquél limpia y envidiable fama. La tan debatida proclama de concordia y perdón del General Alava es uno de sus más legítimos títulos de gloria.

Salió de nuevo á campaña hacia Castilla la Vieja persiguiendo á los franceses, que fueron expulsados de Valladolid y Burgos. Wellingtón fué nombrado por las Cortes de Cádiz generalísimo de los ejércitos aliados en 22 de setiembre de 1812. En Burgos supo impedir Alava con su severidad los excesos que empezaron á cometer algunos guerrilleros. Las divisiones francesas de Andalucía, Portugal, Valencia y el Norte, se dirigieron combinadas sobre Madrid. El Rey José entró de nuevo en la corte. Entonces los aliados retrocedieron hacia Palencia, y acosados por numerosas fuerzas francesas al pasarlos ríos Pisuerga y Carrión, cerca de Tariego y Venta de Baños, vinieron á las manos en la retaguardia aliada y en las avanzadas imperiales. En el choque, frente á San Isidro de Dueñas, cedió un tanto el regimiento de Asturias, visto lo cual por Alava, se puso á su cabeza, lo volvió al combate, atacó al

enemigo hasta la línea más avanzada, y en su heroico avance recibió una grave herida en la ingle derecha (26 de octubre de 1812). Mientras Wellington repasó el Pisuegra por Cabezón y voló los puentes de Simancas, de Tordesillas, Puente Duero, Tudela, Zamora y Toro, fijándose en Salamanca, siguió enfermo Alava el movimiento del ejército, sin separarse del cuartel general. Tomó el caudillo inglés posiciones de invierno en Portugal, y los franceses quedaron dueños de Castilla, instalándose José en Madrid.

En 1813 asaltó D. Francisco Longa, al frente de dos batallones vascongados, el fuerte de Cubo, cerca de Pancorbo; destrozó después, en unión de Mendizábal, á los italianos que mandaba Polombini en Poza, y el bravo Mina batió en diferentes puntos de Navarra al enemigo. El Rey José salió de Madrid el 17 de marzo en retirada á Francia por orden de Napoleón, y se puso en Valladolid á la cabeza de las tropas francesas, compuestas del ejército de Andalucía, que mandaba el Conde de Gazán, y de el del centro, dirigido por Drouet, Conde de Erlón. A mediados de mayo emprendió Wellington su movimiento contra José al frente de los ingleses, portugueses y españoles. Cruzó el Duero, pernoctó en Ampudia el 6 de junio, en cuyo día salió de Palencia José; entró en Burgos el 14, después de haber volado los franceses su castillo, y el 15 cruzó el Ebro por Polientes, valle de Valderrible y merindad de Valdivielso, mientras que el 16 avanzaron los franceses desde Pancorbo á Miranda.

En este día dió á los franceses una terrible acometida, no lejos de Miranda, el famoso guerrillero y General Mina. Él mismo la refiere en sus *Memorias*, de este modo: «Me corri el 16 con 100 caballos hacia la carretera de Vitoria. Antes de llegar á ella supe que marchaba un convoy enemigo por la misma; bajé á trote el puerto de Zumelzu, echéme de repente sobre la escolta y después de haber pegado algunas cuchilladas, me hice dueño de una porción de maletas y equipajes, 6 caballos, 20 bestias de carga y 26 prisioneros, entre ellos 6 oficiales. Con todo ello me retiré á Meana, y después de dar descanso á la tropa, salí de allí á sorprender á 300 enemigos que en el pueblo de Zurbitu estaban saqueando y cometiendo

toda clase de atrocidades; cuando yo llegué, de los 300 no quedaban más que 80 ó 90, porque los restantes se habían marchado. Como me hallaba sin infantería, hice desmontar á 30 hombres y les di orden para que, al acercarse á Zurbitu, tirasen dos descargas mientras yo rodeaba el pueblo, y al toque de degüello entraba en él. Hízose así; y asombrados los franceses con las descargas y los toques, no sabían por dónde huir y fueron á parar á nuestras lanzas. Allí expiaron sus hechos bárbaros todos ellos, menos, 12 que me llevé: cuanto tenían robado se devolvió á los vecinos del pueblo y yo, después de esta expedición, volví á Navarra, para no perder de vista á Clausel. » Zurbitu, lugar de esta acción, está situado en Treviño, no lejos de La Puebla.

Maravillosa fué la titánica marcha de las tropas aliadas, hacia Vitoria cuando se considera que la hicieron en tan breves días, sin caminos practicables, trepando y descendiendo abruptas cordilleras y difícilísimos pasos, en un país extremadamente pobre, sin víveres y en medio de un recio temporal de continuas lluvias, que dificultaba sobremanera el avance de las divisiones. Su inmediato resultado fue el de producir un terrible efecto moral en el ejército enemigo, que sorprendido por la rapidez del movimiento de los aliados, se apresuró á recoger á toda prisa sus fuerzas y su inmenso convoy, á repasar el Ebro y á tratar de acogerse á la cordillera, que domina á la provincia de Alava, sobre el camino de Francia.

Allí debía darse la gran batalla decisiva, que como perfecto conocedor del país, propuso á lord Wellingtón su compañero Alava, animándole á que no perdiera tiempo, para impedir que José ganase los inexpugnables pasos del Pirineo y se hiciera fuerte en ellos. Tenía gran interés Alava en libertar á su país del yugo francés, en impedir el saqueo, y tal vez la destrucción de Vitoria y en dar á los alaveses, sus paisanos, una positiva prueba de su valer y de su amor á la provincia.

Esta, confiando en la importancia y gran significación del General, le había honrado con un distinguido cargo, apetecido siempre por los alaveses de más valía. Suspendido violentamente por Napoleón el régimen foral en 1810, se reunieron los procuradores alaveses en el escondido lugar de

Tertanga, en mayo de 1812, al amparo de los guerrilleros del país, y constituyeron su Junta y Gobierno, con arreglo á sus antiguas leyes. Aquel mismo año, en noviembre, volvieron á formar sus juntas en el famoso Santuario de la Encina, en Arceniega, y allí eligieron como maestro de campo, comisario y diputado-foral, al General Alava, dispensándole la vecindad y su carácter militar, por sus grandes servicios prestados á la nación. Aceptó muy agradecido tan señalada honra y la supo pagar con creces al salvar á su pueblo.

IV.

LA BATALLA DE VITORIA.

En el consejo de Generales que bajo la presidencia del Rey José se celebró en Miranda de Ebro el 17 de junio se discutieron los dos planes, que como único remedio, para asegurar la retirada del ejército francés, eran posibles en aquel momento. Opinaron José y su Jefe de Estado Mayor el Mariscal Jourdan, obedeciendo el plan trazado en París por el Ministro de la Guerra, que era preciso á toda costa seguir la carretera de Francia por Vitoria, Arlabán y Tolosa, para evitar que los aliados, que se acercaban por instantes al límite de las provincias de Burgos y Alava por Villarcayo, pasasen por Orduña y resto de Vizcaya á apoderarse en Guipúzcoa de dicha carretera. Además, gran parte del riquísimo convoy, que llevaban, estaba ya en el llano de Alava y era preciso protegerlo. Los Generales Drouot (Conde de Erlón) y Reille, creían mejor seguir la línea del Ebro, unirse á la división del General Clausel, que estaba en Logroño, y así, bien reforzados, entrar en Francia por Navarra, poniéndose en favorables condiciones de lucha, mientras tanto, por el aumento de fuerzas con que contarían. Predominó el dictamen de los primeros y se dieron las órdenes para que al día siguiente avanzara Reille hacia Valdegovia y camino de Orduña, para impedir el que se

cortase la retirada, mientras que el grueso del ejército entraba en la llanura de Alava y en Vitoria.

En efecto, el día 18 partió Reille, con el llamado ejército de Portugal, compuesto de las divisiones de Lamartiniere, Sarrut, y Maucune, en la dirección señalada. Llegó Reille á Osma y se encontró con que la división anglo-española de Graham avanzaba desde los desfiladeros del valle de Losa. Travóse un vivo combate con los cuerpos ligeros de españoles, que venían en la vanguardia, y, por la tarde, al tener más de 100 muertos, se retiró Reille á Espejo y Berguenda. En el camino encontró muy destrozados varios regimientos de la división Maucune, que habiendo avanzado hasta San Millán, fueron acometidos desde la inmediata sierra de Govia, por otra división ligera mandada por Alten, que les mató 300 hombres, cogiéndoles las mochilas y mucha parte de sus equipajes é impedimenta. Ambos Generales franceses se retiraron por Salinas de Añana hacia Poves y Ollavarre, mientras que los aliados subían por Berberana, los montes de Guibijo y la sierra de Arcamo.

En aquella noche, José emprendió su marcha á Vitoria; las divisiones de Erlón y de Gazán se reconcentraron en los alrededores de Armiñón para proteger el paso de la Puebla de Arganzón, y á mediados del día 19 cruzaron el Zadorra, ante la acometida de los ingleses, tomando posiciones á la izquierda del río, dentro ya de la llanura. El generalísimo inglés Wellingtón, con la división Lowry Cole, atacó á Reille en Poves y Subijana de Morillas, obligándole á bajar á Nanclares. En Subijana durmió aquella noche el caudillo de los aliados, teniendo su ejército acampado en las inmediaciones, y allí preparó con Álava el plan de ataque, que tan grandes resultados iba á darle.

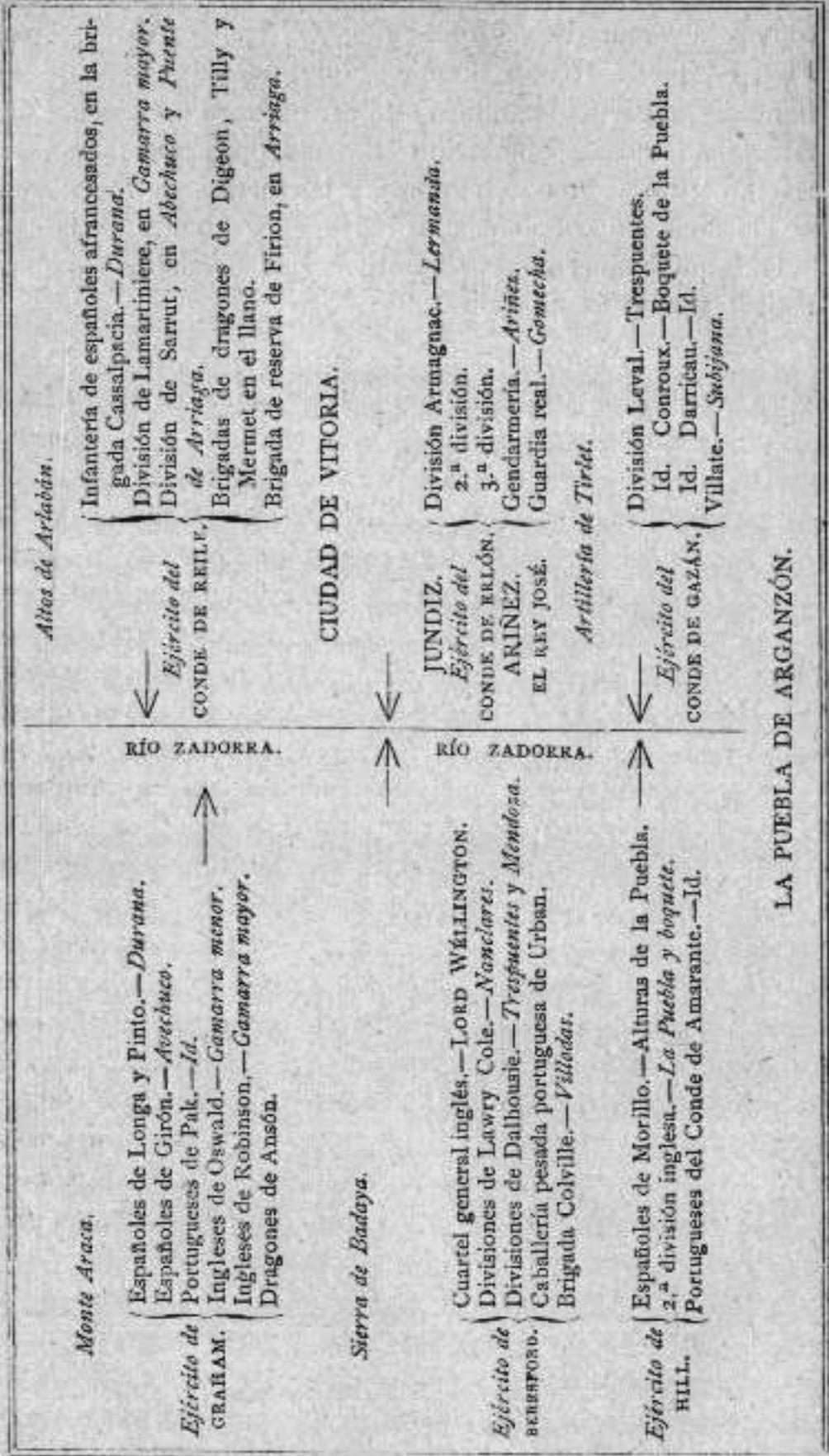
Era preciso cortar la retirada á los franceses por el camino de Arlabán, y al efecto se acordó: que el General Graham, que había bajado desde los montes de Guibijo, hacia Cuartango y Zuya, avanzase con sus 20.000 hombres desde Murguía por Zaftegui y Echavarri á tomar el alto de Araca y los puentes de Arriaga, Gamarra mayor y Darana, colocado éste sobre la carretera de Francia. El General Hill debía emprender el ataque

por la derecha, ordenándole, al efecto, que con su ejército y 20.000 soldados se apoderase, en el extremo opuesto de la línea, del paso de la Puebla y de los montes que corren por Zaldáran, entre la llanura y Treviño, mientras que Wéllington, con su cuartel general y las tropas de Beresford, atacaría el centro, tomando la dirección de Nanclares y Trespuentes. Estaban preparándose á marchar las tropas, para ocupar estas posiciones, cuando el 20 recibió Wéllington un parte del alcalde de San Vicente de la Somsierra, anunciándole que la división francesa de Clausel había llegado allí desde Logroño y que se dirigía precipitadamente por Toloño, á unirse á los enemigos. Esta noticia y el cuidado de que los franceses no ganasen la cordillera de Arlabán, le decidió á dar la batalla al amanecer del día 21.

Mientras tanto, José descansó el día 20 en Vitoria, en el palacio de Montehermoso, y el Mariscal Jourdan, acosado por grave calentura, lo pasó en la cama, en la casa de don Manuel de Echánove, también en el Campillo, no dictando otras disposiciones que las de enviar parte del convoy á Salinas de Leniz escoltado por la división Maucune, en la esperanza de que Clausel llegaría al día siguiente y de que Wéllington no se decidiría á acometer tan pronto. Varios propios del país, enviados en busca del General Clausel, no llegaron á su destino. La posición que habían tomado los franceses era la siguiente: en lo alto del Zadorra, las tropas de Reille ocupaban á Durana, Gamarra mayor y Avechuco, con fuertes regimientos de dragones á retaguardia entre Arriaga, Alí, Zuazo y Lermenda. En el centro, desde Margarita por Trespuentes y Villodas hasta Subijana, se extendía el ejército llamado de Andalucía, del Conde de Gazán, cuya división Maransín se posesionó de los altos de la Puebla, desde el boquete hasta Zumelzu. En segunda línea, y como reserva, se colocó el ejército del Conde de Erlón, extendido desde las alturas inmediatas á Vitoria, por Gomecha hasta Aríñez. Toda la carretera de Francia, desde Vitoria hasta Arlabán, estaba ocupada por el convoy, por la artillería de sitio, coches en que iban las familias fugitivas y por grandes recuas de caballerías cargadas. Al otro lado del puerto de Salinas, y sin tener noticia

de cuanto pasaba, estaban Maucune, que había llegado con su convoy á Escoriaza y Mondragón, y el ejército del General Foy, fuerte de 10.000 hombres, que, para desgracia de los franceses, no acudió tampoco á tomar parte en la batalla. Contaban los franceses, sumando todas las tropas que iban á pelear en Vitoria, 56.000 hombres, y las fuerzas de los aliados se elevaban á 80.000 soldados, entre ellos 20.000 españoles.

He aquí las posiciones respectivas que ocupaban los combatientes, unas frente á otras:



LA PUEBLA DE ARGANZÓN.

Al amanecer del día 21 creyó urgente José recorrer las posiciones, y el Mariscal Jourdan, muy enfermo aún, montó á caballo y se puso á sus órdenes. Trasládaronse á Gamarra y visitaron toda la línea del Zadorra hasta Trespuentes. De allí subieron al alto de Jundiz, comprendiendo que había sido un gravísimo error el no fortificarlo, haciéndolo base de las operaciones, para defender el paso de los puentes del Zadorra y el desfiladero de la Puebla. La mañana había amanecido con una niebla llovediza muy espesa, que dificultaba la marcha. Á las diez el General inglés Hill entró en la Puebla de Arganzón, enviando á la brigada española, que mandaba D. Pablo Morillo á que tomase las alturas de la derecha del boquete, y reforzándola luego con el regimiento 71 inglés de línea, que subió, con sus pitos á la cabeza, tocando al avanzar la airosa marcha de «Johnny Cope.» El choque en las cimas fué muy rudo, ante la defensa que hizo de ellas Maransín, pero fueron tomadas por los españoles, que, «detrás de las rocas y de los bosques—dice Thiers,—y habilísimos en defender terrenos de esta naturaleza opusieron una resistencia tenaz.» En aquellos momentos en que empezó la lucha, José y Jourdan enviaron órdenes al Conde de Gazán para que retirase sus tropas de delante del boquete y se replegase á Jundiz, pero iniciado el combate fué imposible hacerlo. Maransín fué expulsado de las cumbres, y en vano Gazán le apoyó con dos brigadas de las divisiones Conroux y Darricau, que guardaban el boquete. Estas tropas apenas pudieron subir á la mitad de las alturas, ante el mortífero fuego de los españoles. El General Morillo fué herido, pero continuó en la batalla. Empeñados en reconquistar las cumbres de la Puebla, envió Gazán contra ellas á la división Villatte, que ocupaba á Subijana y cercanías de Zumelzu, la cual subió hasta la cima, y en el feroz encuentro que allí hubo, murió el coronel Cadogan, que mandaba el referido 71 de línea. De nuevo fueron los franceses arrojados al llano por los de Morillo (1).

(1) En estas alturas dió el brigadier Sr. Contreras las famosas cargas de caballería contra los carlistas, el día de la batalla de Treviño (junio de 1875).

Al ver el General Hill que el enemigo había debilitado la defensa del boquete de la Puebla, pasó el desfiladero y tomó, después de gran resistencia, el pueblo de Subijana, á la una de la tarde. Tres horas había durado el ataque de las alturas (1).

En el extremo opuesto de la línea de batalla, en la izquierda de los ingleses, ó sea en la derecha de los franceses, el General Graham había empezado el ataque á las diez y media. La noche anterior celebró en Murguía una junta de Generales, al llegar la división española que mandaba Girón, desde Balmaceda y Amurrio, y para cuando quisieron emprender el combate desde las alturas del monte Araca, se hizo la hora indicada. El General Longa, con los españoles, y la quinta división inglesa de Oswald, se dirigió á Gamarra menor y Durana; el brigadier inglés Robinsón, después de hacer subir en hombros los cañones á Araca, que estaba cubierto de bosque y por donde no había camino alguno, tomó á Gamarra mayor, cogiendo tres cañones, y Graham, con la primera división inglesa y la brigada portuguesa de Pak, tomó á Avechuco y se dirigió contra el puente de Arriaga, artillando las casas de la que es hoy venta de la Caña. Una brigada de dragones mandada por el inglés Anson concurrió á estos movimientos.

Tomados en ambos extremos Subijana y Gamarra, Lord Wéllington, que ocupaba las alturas de la sierra de Badaya, frente á Nanclares y Villodas, envió la brigada Kempt, guiada por un aldeano, á tomar el puente de Trespuentes, mientras las compañías españolas de ligeros escaramuceaban al enemigo, que ocupaba la orilla opuesta. Los franceses que guardaban las cercanías del puente fueron cargados por el 15 regimiento de húsares y unos soldados de infantería, desde Iruña, al soltar los primeros tiros, mataron al aldeano que guiaba á los ingleses. *One of which killed the peasant.*—CLINTON.

Al avanzar Hill á Subijana quiso José lanzar contra él parte

que permitió al ejército liberal forzar el paso de la Puebla y sus montes y entrar en Vitoria.

(1) «Hemos perdido la batalla por haber perdido á Subijana,» dijo el Conde de Gazán aquella noche. En Subijana nació el famoso D. Simón de Anda, salvador de Manila y de Filipinas contra los ingleses en 1762.

del ejército de Erlón, que formaba la reserva y centro; pero en aquel mismo momento hizo Wéllington adelantar á Lord Beresford, para que pasase el Zadorra. Las divisiones 3.^a y 7.^a, dirigidas por Dalhousie, tomaron el puente de Trespuentes y el de Momario y cruzaron el río más arriba por distintos vados; la brigada Colville y otras ganaron el de Villodas y la 4.^a división á las órdenes de Lawry Cole cruzó el de Nancloares.

Entonces se llegó al momento crítico de la batalla. José y Jourdán desde Ariñez ordenaron al General de Artillería Tirlet que subiese 50 cañones á el alto de Jundiz, como lo hizo rápidamente, para ametrallar á los ingleses, que avanzaban desde las orillas del Zadorra, en el claro que había dejado el Conde de Gazán, al marcharse á combatir á la izquierda de Subijana y el Conde de Erlón á defender el paso del río más arriba de Trespuentes. Varias veces se detuvieron los ingleses ante el horroroso fuego que llovía desde las baterías de Jundiz; pero habiendo colocado dos brigadas de artillería inglesas en una loma inmediata, pudieron avanzar definitivamente los aliados, llevando á la cabeza á Wéllington, á Beresford, á Alava y al Príncipe holandés de Orange. El cerro de Jundiz se tomó en el momento en que Jourdán ordenaba la retirada sobre Vitoria, y cuando el Conde de Erlón, viendo avanzar la numerosa caballería inglesa, que acababa de cruzar el Zadorra por todas partes, se retiró también en la misma dirección.

«Habíase ya disipado la niebla—dice el relato de Clinton,— y en las colinas y en el llano se elevaban pausadamente grandes masas de humo, en figura de guirnaldas, que doradas por el esplendoroso sol del estío, en un cielo sin nubes, ofrecían un aspecto brillantísimo. En todas partes relucían las bayonetas, y flotaban como un enjambre los estandartes y banderas de seda. Las túnicas de color escarlata de los ingleses, y los uniformes azules de los portugueses, formaban contraste con el aspecto sombrío del color gris del traje de los españoles, y del negro de los cazadores. En las alturas hacia Vitoria veíanse las masas de franceses vestidos de azul, á lo largo de las líneas de sus ligeros de infantería y de su artillería montada, y así como el uniforme gris y los cascos bronceados de los dra-

gonos y coraceros, los alegres trajes de los lanceros y husares con sus talís y correaes, y los altos sombreros de la guardia, con sus caídas coloradas..... Toda la cuenca se había convertido en escenario horrible de la encarnizada batalla, ardían en llamas los vallecitos, alturas y arboledas, y cada cerredo ó soto, y cada arbusto servían de parapeto y de punto de desesperada defensa á los que los ocupaban.»

El pueblo de Ariñez fué tomado por la brigada Pictón, por la artillería del Coronel Gibbs; y por el 52 de línea, que subió desde Margarita. Rechazado el enemigo en Ariñez, fué á caer bajo los fuegos de Hill, en Subijana, que hicieron un horrible destrozo, poniendo en completo desorden y huida al cuerpo del Conde de Gazán, que no pudo subir á las alturas de Esquivel, porque engañó á su artillería un guía aldeano al conducirla, y porque los de Morillo se habían corrido hasta Zaldiarán y Berrosteguieta. Gazán pasó por Gomecha y Armentia, y tomando el camino de la Zumaquera, se dirigió hacia Argómaniz.

Puesto en retirada el ejército francés en toda su línea de la izquierda y del centro, hizo su última resistencia desesperada en las pequeñas lomas que suben de Ali á Armentia, contra Zuazo; disparando en multitud de baterías y sosteniendo un verdadero volcán de fuego de fusilería en los alrededores de este pueblo. La división Lawry Cole tomó aquellas alturas, en las que dejaron los franceses clavados ochenta cañones. En tanto, dando un gran rodeo por detrás de Ali se dirigió á Vitoria el General Álava, al frente de un regimiento inglés de caballería, entrando por el camino de Avendaño y portal de Aldave, para impedir que los franceses fugitivos saqueasen la ciudad, ó que los ingleses vencedores cometieran excesos. Penetró por la calle de la Herrería, y se dirigió á la plaza de Castilla y plaza Nueva, acuchillando á los últimos franceses que quedaban en aquellos lugares. Diez minutos hacía que el Rey José había hecho cambiar de caballos á su carruaje en la misma plaza Nueva, y que había huído, tomando el camino de Navarra, por el portal del Rey, en cuyo punto y frente al hospital civil le esperaban el Mariscal Jourdan y su Estado mayor, también con caballos de refresco.

Al emprenderse esta retirada habían empezado á cejar, en la extrema derecha francesa, las tropas de Reille, que se batieron desesperadamente. El inglés Graham tomó dos veces el puente de Arriaga, y lo ganó definitivamente la tercera, después de haber muerto su defensor el General Sarrut; y cuando lo defendía el General Menne.

El brigadier Robinsón tomó el puente de Gamarra mayor, haciendo retroceder á la división Lamartiniere, que lo sostenía. Los Generales Oswald y Longa forzaron el de Durana y se apoderaron de la subida de Arlabán y de mucha parte del convoy, que obstruía la carretera de Francia. El valiente Reille, en tanto, viéndose acorralado por Graham, que avanzaba de frente, y por los dragones ingleses que llegaban desde Vitoria, reunió las tropas de Sarrut y Lamartiniere, y saliendo al encuentro de la caballería enemiga, con las brigadas de dragones de Digeon, Tilly y Mermet, trabó en lo alto del campo de Arriaga é inmediaciones del cementerio de este pueblo, un furioso combate de dragones contra dragones, y protegió de este modo la retirada de su ejército, por el río de Santo Tomás hasta Betoño. Metido en el monte y dehesa de Betoño, entonces muy poblados, fué acometido al salir de él, en dirección á Ilárraza y camino de Navarra, por la caballería inglesa y portuguesa combinadas. Protegió su paso contra ellas con las cargas que hizo dar entre Arcaute é Ilárraza á los regimientos 15.º de dragones y 3.º de húsares; pero, perseguido de un modo horrible, al llegar á Matauco formó el cuadro delante de la aldea, encerrándose en él, y resistió valientemente el choque de los jinetes aliados, hasta que todo su ejército quedó á salvo, bastante avanzado por el camino de Salvatierra. Eran las ocho de la tarde, y empezaba á anochecer, cuando Reille, que hacía once horas que estaba peleando, cruzó á Matauco, no dejando tras de sí ninguna división francesa, y sí sólo el horrible é indescriptible cuadro de confusión de la batalla. Al caer la noche, las avanzadas del ejército aliado acamparon en línea desde Ullibarri-Arrazua, por Arbulo, hasta Argomaniz, y la retaguardia francesa en las inmediaciones de Salvatierra.

Habían perdido los franceses, entre muertos, heridos, pri-

sioneros y extraviados, 7.400 hombres, retirándose aún otros 48.600 que acompañaron á José. Los aliados pagaron su triunfo con la pérdida de unos 4.500 soldados. Se cogieron en el campo de batalla 150 cañones, 432 cajas de municiones y algunas banderas. «Nunca hubo un ejército más duramente trabajado, porque los soldados no estaban ni medio batidos, y sin embargo, jamás hubo una victoria más completa (and yet never was a victory more complete). (1) Las campañas de Marlborough—dice Alison—no presentan un ejemplo de tan señalado triunfo, y las de Cressy y Agincourt fueron infructuosas (were fruitless) comparadas con esta.»

Las tropas inglesas que se encontraron en el combate y que tienen en sus banderas el glorioso nombre de *Vitoria*, fueron: los regimientos de dragones de la Guardia 3.º y 5.º; el 14, 15 y 3 de húsares; el 16 de lanceros; el 1 de Escoceses reales; el 2 de la Guardia real de la Reina; el 4 del Rey; el 5 de infantería de Northumberland; el 6 de Warwick; el 9 de Norfolk; el 20 de Devón; el 27 de Inniskillings; el 28 de Gloucester; el 31 de Hutingdon; el 38 de Strafford; el 39 de Dorset; el 40 de Somerset; el 43 de Montmouth; el 45 de Serwoot; el 47 de Lancash; el 48 de Northampton; el 50 de la Reina; el 51 de York; el 52 de Oxford; el 53 de Shrop; el 57 de West Middlesex; el 58 de Rutland; el 59 de Nottingham; el 60 de Rifles; el 61 de Gloucester; el 68 de Durham; el 74 de Irlandeses; el 79 de Irlandeses de Camerón; el 83 del Condado de Dublín; el 88 de Connaught, y 94 de la brigada de carabineros.

Los historiadores ingleses y españoles, las crónicas particulares y la tradición, han pintado con vivos colores el horrible aspecto de aquel campo de batalla, no comparable á ningún otro de las guerras contemporáneas. En el interior de la ciudad, gracias á la oportunidad del General Alava, no hubo lánimas que llorar. Temíase, con razón, el saqueo y el incendio, como en otras partes ocurrió, y temblaban centenares de familias, ocultas en sus casas, al saber que avanzaba derrotado el

(1) Napier. *History of the war in the Peninsula.*

grueso del ejército francés y que los ingleses habían hecho muchos destrozos en los pueblos y en los campos. Alava inspiró confianza á todos, expulsó á los rezagados franceses, amparó á sus familias abandonadas, prohibió toda clase de venganzas y recorrió la población en compañía de sus amigos y antiguos condiscípulos D. Diego de Arriola, su primo, que fué nombrado alcalde; el Conde de Villafuerte, D. Trinidad Porcel, el Sr. Esquivel, su tío, Marqués de Legarda; D. Melquides de Goya y los Sres. Echavarri, Urbina y otros vitorianos distinguidos. La ciudad le aclamó con entusiasmo; rodeábale el pueblo pugnando por levantarle en brazos, y gran parte del vecindario, entre el cual se veían muchas señoras agitando sus pañuelos, le saludaban y victoreaban desde los balcones. Todas las campanas de la ciudad, echadas á vuelo, sofocaban con sus grandes repiques el estruendo de los cañonazos y fusilería, que aun se oían hacia Betoño y Elorriaga. Los viejos recuerdan, que entre los grupos que le rodearon en la plaza Nueva, apareció en uno el famoso alguacil, poeta popular, Carlos de Rico, y que instado por los circunstantes á que «echara un verso al General,» se adelantó hacia éste, sombrero en mano, y exclamó:

«En junio, de trece el año,
 día de San Luis Gonzaga,
 ¡cómo ha corrido la plaga
 de José, con su rebaño!
 Fiero ha sido el desengaño,
 pues perdiendo sus cañones,
 carros, convoy y furgones,
 con grave afrenta notoria,
 han huído de Vitoria
 los *gabachos* batallones.»

Hora y media después que Alava, entró en la ciudad Lord Wéllington al frente de su Estado Mayor, saliendo á recibirle al portal de Castilla el General vitoriano, el Ayuntamiento y todas las personas notables. El victorioso caudillo recordó á Alava la promesa que habían hecho de ir á saludar á la novia de éste, Srta. D.^a Loreto de Arriola, y en efecto, subiendo á la calle de la Correría, avanzaron hasta el fin de ella, donde, en

la última casa de la izquierda, frente al cantón de Santa María, estaba la casa que ocupaba el Sr. de Arriola, patrón de Aspe. «Vi al General Lord Wéllington con Alava y todo su Estado Mayor, detenidos ante la puerta de la casa de D. Javier Arriola, donde sin apearse, saludaron á éste y á su hija D.^a Loreto, que estaban en los balcones, y desde allí siguieron bajando el barrio de Santo Domingo, al campo de batalla (1). También Alava logró del Generalísimo inglés que no entrara ningún soldado en la ciudad para evitar desórdenes.» (Memorias del insigne ingeniero Sr. Echánove, testigo de aquellos sucesos, y que aún vive, contando ochenta y siete años.)

El espectáculo que se ofreció á los ojos de los Generales al pasar al otro lado de Vitoria, fué tristísimo é imponente. Desde el portal de Urbina hasta los últimos límites del horizonte, en aquellos campos, y en la carretera de Francia, había atestados y volcados más de trescientos carros y carruajes, cuyo contenido rodada por el suelo, pisoteado por el paso de la infantería y por las cargas de los dragones. Centenares de familias distinguidas, españolas y francesas, que huían á Francia, no pudieron pasar de Betoño, y poblaban el aire con sus lamentos y gritos, sentadas al lado de sus deshechos equipajes ó formando tristes grupos en torno de los cadáveres de sus deudos. Lord Wéllington y Álava dieron orden de ayudar á todos, como se pudiera, amenazando con pena de la vida á los que maltrataran á aquellas gentes indefensas. Desde el camino viejo de Arana, trajeron los dragones un coche en el que venía prisionera la Sra. Condesa de Gazán. Púsola en libertad el caudillo inglés, dándole una escolta, para que se trasladara á Navarra, donde los franceses se reconcentraban. El

(1) Visité de niño muchas veces esta casa de Arriola, en la Correría, cerca de mi calle Chiquita, y en ella vi muchas veces los retratos de los Marqueses de Legarda, de D. Javier y de D. Diego de Arriola, patronos de Ceánuri y Aspe. Allí se conservaban algunos curiosos objetos del campo de batalla de Vitoria, y muchos recuerdos del General, cuya vista me impresionaba sobre manera en mi imaginación de chico. Un hermano de D. Diego, el Sr. D. Ramón María, probo y entendido ex-magistrado del Tribunal Supremo, vive aun en Madrid.

campo de Arana, el alto de Santa Lucía y las cercanías de Elorriaga estaban cubiertos de ricos despojos. Los bagajeros y acompañantes del ejército abrían multitud de cajas, caídas de los carros, llenas de oro y plata, de objetos de las iglesias, de los museos y de las cosas ricas particulares, y cargaban con las monedas, no sólo sus bolsillos, sino el forro de sus chaquetas y el hueco de sus calzones, bien atados á las rodillas. Bagajero hubo que, después de bien cargado, no pudo andar, por el peso que llevaba. Las tropas, en general, y los ingleses sobre todo, se aprovecharon bien de las riquezas abandonadas, en las últimas horas de la tarde del 21. En los carruajes parecieron multitud de cuadros al óleo de los mejores maestros, cortados violentamente del marco y arrollados. Muchos fueron hechos pedazos á bayonetazos, y entre ellos el de *La Trinidad*, del Ticiano, robado en la catedral de Palencia.

«Los ingleses—dice la relación del Sr. Larrea, cura de Berrostequieta—sin más Dios que sus barrigas y antojos, saquearon todas las aldeas de la parte occidental de Vitoria, que habían quedado libres de los franceses; allí segaron los trigos y cebadas para sus caballos y echaron los bueyes y caballerías de brigada á los sembrados, causando la ruina completa de los habitantes. Pero debemos á los vitorianos el generoso y católico acto de humanidad de que abrieran francamente las puertas de sus casas á todo necesitado, derramando á manos llenas la caridad, con que nos remediamos infinitos.»

Delante de Zurbano, y en las encenagadas balsas que rodeaban al pueblo, había algunos centenares de franceses y de caballos, muertos y deshechos por la metralla y la caballería, ofreciendo aquel lugar tan horroroso conjunto, que nadie se acercó á él, ni en aquel día ni en otros muchos después. Como el camino de Navarra era de herradura y no podían pasar por él los carruajes, quedaron casi todos atascados entre los primeros pueblos, y allí se cogió la documentación de la corte de José, las cuentas, los partes cifrados de Napoleón y multitud de curiosidades y de riquezas. Al escapar el Rey en su coche por este camino, fué alcanzado por un regimiento de dragones ingleses, el 10.º de húsares. José montó á caballo, después de

abandonar el coche, y huyó, protegido por su caballería. El jefe que mandaba los dragoncs ingleses era Mr. Windham. En el carruaje se encontraron la espada del Rey fugitivo, sus papeles, el bastón del Mariscal Jourdan, varios objetos preciosos, «otras cosas que la decencia no permite nombrar,» dice Torreno, y un cuadro admirable de Correggio.

En la carretera de Vitoria á Salinas se cogieron 40 cañones de gran calibre; muchos tiros y carruajes de los mismos y los parques y depósitos de Madrid, Valladolid y Burgos. El bastón de Mariscal del imperio del Rey José fué hallado entre los montones de equipajes de la corte, por unos soldados. Era de un pie de largo, forrado de terciopelo azul montado en oro y con las águilas imperiales bordadas. Estaba contenido en un estuche de tafíete marroquí encarnado, con broches de plata, con águilas grabadas y con el nombre de José impreso en los ángulos con caracteres dorados (Southey). Los soldados le arrancaron el pomo y la contera, y cuando lo recogió Vellington se lo envió como recuerdo de la batalla, con la bandera francesa del regimiento 100 de artillería, al Príncipe Regente de Inglaterra, quien mandó en cambio al caudillo vencedor el bastón de Feld-mariscal del ejército inglés. El capital abandonado, en las cajas de fondos de los franceses, fué de cinco millones y medio de duros, según las cuentas cogidas entre los documentos, de los cuales, sólo la quincuagésima parte pertenecía al público no militar.

Vellington durmió en Vitoria en el palacio de Alava, y al amanecer del 22 envió á Girón y Longa con su división á perseguir á Maucune y Foy por Salinas y Mondragón, y Graham por San Adrián á Guipúzcoa, marchando el resto del ejército aliado hacia Pamplona en persecución de José, que bien pronto repasó el Pirineo.

El General Clausel, que había avanzado muy despacio desde la Rioja por Peñacerrada, llegó en la tarde del 22 á la cima de los montes de Vitoria, sobre Castillo y Lasarte, y desde aquellas alturas contempló el desastre que sus compatriotas habían sufrido en la llanura de Vitoria. «Permaneció catalejeando como unas dos horas, dice la narración de Larrea, y luego que se enteró de que las tiendas de las proximi-

dades de la ciudad eran de ingleses, volvió atrás y tomó el camino de Zaragoza, perseguido por el General Mina. Cuando se dirigía en la noche del 21 hacia Peñacerrada con sus 11.000 hombres, el coronel de voluntarios alaveses, D. Sebastián Fernández (Dos Pelos), que le seguía la pista con 1.500 guerrilleros y algunos paisanos, mandó encender en lo alto de los montes de Pipaon y Laño grandes luminarias, por entre las cuales hizo pasar á sus soldados diferentes veces, aparentando un gran ejército, lo cual hizo al General francés avanzar con gran cautela y perder mucho tiempo....»

«....Al volver á Berrosteguieta, dice también, encontramos algunos pobres heridos que no prestaban oídos á la voz de su espíritu, pedían los Santos Sacramentos, mas no fué posible administrarlos por haberlos robado. Pedían también agua con la mayor sumisión, y fué muy costoso complacerles, por no encontrar entero ni siquiera un casco de vasija, que pudiese contener en sí medio cuartillo de agua. Entré en la iglesia y observé á un golpe de vista los sepulcros abiertos, las paredes quebrantadas, las mesas de los altares demolidas y todo fuera de orden, causándonos este horrible cuadro el mayor espanto y desconsuelo.»

No les fué mal en cambio á muchos vecinos de Vitoria que salieron al campo en las últimas horas del 21, porque allí adquirieron y compraron de manos de los soldados magníficas joyas y muchas monedas de plata á cambio de algunas de oro. Otros dieron con grandes cajas de caudales abandonadas en medio de montones de cadáveres, y algunos que vivían en los barrios extremos sólo tuvieron el trabajo, para hacerse ricos, de meter en sus casas las recuas de caballerías cargadas de dinero y alhajas, que sin dueño ni conductor alguno vagaban á la ventura por aquellos contornos. En diversos puntos de la llanura y en el fondo del Zadorra se sepultaron bastantes caudales, que desde entonces han sido objeto de acertadas ó infructuosas pesquisas.

Además del galardón otorgado por Inglaterra á Lord Wellington y otros Generales, las Cortes españolas, á propuesta de Argüelles, le concedieron el dominio del Soto de Roma y del terreno de las Chanchinas en la vega de Granada. El Ayun

tamiento de Vitoria regaló al General Alava una espada de oro con las armas de la ciudad y una expresiva dedicatoria, é hizo grabar un curioso cuadro que representa la entrada del General en la Plaza Vieja el día de la batalla.

Las consecuencias de la gran jornada de Vitoria se tocaron inmediatamente. El castillo de Pancorbo, único punto que había quedado á retaguardia en poder de los franceses, se rindió á las tropas de O'Donnell, Conde de Abisbal; las plazas de Aragón y Valencia fueron abandonadas, y San Sebastián y Pamplona, con todo el resto de las provincias, cayeron en nuestro poder. El efecto que causó tal victoria en Europa fué inmenso. Disipados los escrúpulos del Austria, entró en la conciliación de las demás potencias contra el Imperio francés, rompiendo el acuerdo de Praga, y obtuvo Inglaterra una supremacía indisputable en los negocios diplomáticos y en los destinos del continente. El renombre de Lord Wéllington creció maravillosamente, como con sobrada arrogancia lo repiten sus compatriotas: «The English General, emerging from the chaos of the Peninsular struggle, stood on the summit of the Pyrinees a recognized conqueror. From these lofty pinades the clangour of his trumpets pealed clear and loud, and the splendour of is genius appeared as á flaming beacon to warring nations.»

Víctima del espantoso desastre, sufrió el pobre exrey José el tremendo castigo de las iras de su hermano Napoleón, que le ordenó que se separase del ejército, que se retirara á Morfontaine sin entrar jamás en París, que no le visitara ningún funcionario bajo pena de apresarle y que le sustituyera en el mando del ejército de España su mayor enemigo el Mariscal Soult.

El General Alava partió con Wéllington á proseguir la campaña de los Pirineos y del Mediodía de Francia, en cuyos múltiples combates se portó como un bravo, aumentando su justa fama. En la batalla de Orthez, á orillas del Gave, tan funesta para los franceses, fué herido el General levemente «en parte sensible y blanda, que siempre provoca á risa,» dice el Conde de Toreno, y estando apeado y chanceándose con él el insigne Wéllington, recibió éste un balazo de fusil, que

dándole en el pomo de la espada y en la pierna, sobre el fémur, le hizo caer al suelo desvanecido (27 de febrero de 1814). En la sangrienta jornada de Tolosa de Francia (10 de abril), al ser rechazadas en el asalto de los reductos las tropas españolas, que mandaba el General Freire, acudió al combate Wéllington, acompañado de Alava y de Wimpffen, quienes atacando á la cabeza de los nuestros, lograron rehacerlos y marchar sobre el enemigo, en cuyo terrible momento cayeron muertos los coroneles Balanzat y Ortega y heridos los Generales Mendizábal, Ezpeleta, Méndez Vigo y Carrillo.

Al entrar vencedores en Tolosa, supieron el destronamiento de Napoleón y su destierro á la isla de Elba, firmándose inmediatamente las capitulaciones de paz entre el mariscal Soult y Lord Wéllington y terminando allí la campaña de la Independencia.

V.

ÁLAVA DIPLOMÁTICO Y DIPUTADO.

Repuesto Fernando VII en el trono de sus mayores, y terminada la campaña del Mediodía de Francia, volvió Alava con Lord Wéllington á Madrid, donde hicieron su entrada triunfal, en 24 de mayo de 1814. Abundando ambos caudillos y compañeros en sus ideas de concordia y perdón en favor de muchos señalados por su afecto á la causa constitucional y al caído orden de cosas, procuraron influir en Palacio para que cesaran las persecuciones, y el mismo Alava entregó al Duque de San Carlos, la víspera de su salida de Madrid, una exposición que Wéllington dirigía al Rey, aconsejándole que fuera tolerante y generoso. Este documento se olvidó, de intento, entre los papeles de las secretarías, y aquella darísima conducta de venganzas que se cebó en Argüelles, Martínez de la Rosa, Muñoz Torrero, Calatrava y otros hombres insignes, aumentó en proporciones é hizo derramar muchas lágrimas. Alava, tildado por los absolutistas y apresado, hizo

propósito de abandonar á España, y recordando su amistad con el Príncipe de Orange, obtuvo, por medio de Wéllington, una especie de destierro indirecto y voluntario, al conseguir que le nombraran Embajador de Holanda, donde el de Orange, su compañero de armas, reinaba.

Al subir al trono el Príncipe su amigo, celebráronse en La Haya grandes fiestas, y no fué el Embajador español el que menos espléndido se mostró en ellas. La Embajada no tenía fondos; Álava los adelantó, gastando cerca de 900.000 reales, cuya inversión aprobó el Gobierno español. Al presentar las cuentas declaró Álava que España no le debía nada, que los gastos se habían hecho de su bolsillo particular y se negó en absoluto á que se le abonara cantidad alguna.

A su paso por Vitoria para dirigirse al extranjero, realizó su deseado enlace con su prima la distinguida señorita doña María Loreto de Arriola y Esquivel, de la que ya me he ocupado. Compartió con ella los honores en las cortes de La Haya y de París, donde constantemente residió. En esta última capital estaba, cuando Napoleón, abandonando la isla de Elba, recorrió triunfante la Francia. Alava se incorporó de nuevo al cuartel general de Lord Wéllington, y presenció á su lado la gran batalla de Waterlloo, tomando activa parte en ella. Regresó después á su Embajada, y hallándose en París, como Embajador interino de España en Francia, prestó á su patria un señaladísimo é inapreciable servicio. Sabido es que los franceses despojaron nuestros templos, palacios y museos, llevándose las mejores joyas artísticas que poseíamos. Antes de la campaña de Waterlloo, había logrado el General recuperar y depositar en París muchos cuadros y objetos de mérito; pero durante la breve presencia de Napoleón en la capital de su fugaz Imperio, desaparecieron. Otro aristócrata ilustre y muy entendido en obras de arte, el Duque de Almenara, logró averiguar su paradero, y lo comunicó á Alava para que continuase sus trabajos de recuperación y de devolución á España. Tratábase, entre otros cuadros, de la admirable creación de Rafael, *El pasmo de Sicilia*, y de sus bellísimas obras *La Virgen del pez* y *La Perla*. Recogiólos el General en pésimo estado, porque pintados en tabla, habían sufrido

tanto con los trastornos del tiempo, y sobre todo con los rozamientos y choques de su envío á Francia, que estaban á punto de perderse. Consultó Alava la manera de restaurarlos y salvarlos, con artistas de tanto genio como los pintores italianos Palmarolli y Benvenuti, y el escultor Cánova, que se encontraban también en París á recoger las obras usurpadas por los franceses en sus expediciones de Italia, y le propusieron que encargase al hábil restaurador Mr. Bonnemaizon la difícilísima tarea de trasladar aquellas pinturas de la tabla al lienzo. Cuando el General dió cuenta al Gobierno español de este propósito, nadie creyó aquí que pudiera ser hacedera tal maravilla, y por espacio de algún tiempo se resistieron los más doctos á autorizar la operación; pero ante la formalidad y garantía del Consejo de los expresados artistas, se convino en practicarla y se llevó felizmente á cabo.

Volvieron, pues, magistralmente restaurados aquéllos, y otros cuadros, á nuestro Museo nacional, y con la admiración y gratitud propias de cuantos rinden culto á las obras del genio, se confiesa que, gracias al General Alava, puede envanecerse España de poseer, entre otras grandes maravillas, el incomparable *Pasmo de Sicilia*. En efecto, el que como valiente soldado dió tanto lustre á las armas; el que como hombre de bien y caballero hizo tantos beneficios á los desgraciados y tanto ayudó y consoló á los vencidos, pudo, como persona cultísima é inteligente, prestar ese inapreciable servicio á las artes.

Al partir para Holanda hizo renuncia del cargo de diputado foral de Alava, cuyo puesto ocupó después desde 1818 á 1820 su primo y cuñado D. Diego M. de Arriola.

Al proclamarse la Constitución de 1820, dejó la embajada de Holanda y acudió á España á sostener, como decidido y muy ilustrado liberal, con su presencia y su consejo aquel nuevo orden de ideas. La provincia de Alava le nombró diputado á Cortes, y al tomar asiento en la Cámara, se afilió á la pléyade de hombres más ilustres y avanzados que en ellas hubo. En este tiempo volvió también á Vitoria el insigne emigrado D. Pablo de Xérica, famoso poeta satírico á quien los vitorianos nombraron comandante de los voluntarios consti-

tucionales, individuo de la Junta provincial y alcalde constitucional interino, en los días de la invasión de las tropas de Angulema. Alava figuró en las Cortes al lado de Alcalá Galiano, Istúriz, Argüelles, Gómez Becerra, Flores Calderón, Valdés, Ayllón, Salvá, Ferrer, Varela, Garay, Somoza, Seoane, Saavedra, Pérez de Meca, Lagasca y otros, y con ellos votó en Sevilla, en la famosa sesión del 11 de junio de 1823, la destitución de Fernando VII y el nombramiento de una regencia; siendo, por consiguiente, uno de los comprendidos en la orden que se dió en 16 de marzo de 1825 por la Sala del Crimen de la Audiencia de Sevilla, para que se les apresara, embargasen sus bienes y se les sujetara á las terribles sentencias, que contra ellos se dictaron.

Disueltas violentamente las Cortes y tomado Cádiz por los franceses de Angulema, que vinieron á imponernos el absolutismo, como antes trataron de imponernos á Napoleón, huyó el General Alava á Gibraltar, y desde allí se trasladó á Inglaterra. He aquí las frases que dedica á estos sucesos y á nuestro insigne compatriota el historiador Lord Holland (1):

«Fué un gran error en los Gobiernos, que se sucedieron en el breve período de 1820 á 1823, el no haber enviado á Alava de Embajador á Inglaterra. La pedantería de que los diputados no fuesen empleados, y el deseo además de premiar al Duque de Frías, hombre no falto de talento, pero no á la altura de aquellas circunstancias, les indujo á olvidar tan conveniente y provechosa elección. Alava, estoy seguro, hubiera convencido al Duque de Wéllington de la inútil inconveniencia de invadir á España el ejército de Angulema, y habría evitado á su país esta desgracia, y lo que es más aún, el deshonor y la humillación que siguieron á la ocupación de la Península destruyendo el Gobierno liberal.

Plenamente convencido de los defectos de la Constitución, el General Alava presencié la ignominia de verla destruída por la presión extranjera, y se adhirió noblemente á la causa de su país. Cuando Fernando fué acompañado por Alava y los

(1) *Foreign reminiscences*, by Henry Richard, lord Holland.

demás diputados é individuos del Gobierno de Cádiz, al Puerto de Santa María, para unirse al cuartel general del Duque de Angulema, le instó aquél muy calurosamente á que se quedara allí; pero Alava, con sobrado juicio, desconfió de su sinceridad, y con no menos claridad y franqueza, le contestó: *que la vez anterior (1814) habia sido preso por fiarse de su palabra.*

Triunfante el absolutismo, y comenzada la persecución de los liberales por todas partes, no fué en Vitoria donde menos se ensañaron con ellos y con cuanto les pertenecía. Tristes recuerdos se conservan de aquellos días aciagos en que tanto sufrieron las familias de los patriotas vitorianos más beneméritos. Respecto al General Alava, hay que apuntar que sus bienes fueron embargados; que se trató de aminorar con burdas y calumniosas suposiciones su incomparable gloria, y que aun se cometió otro acto censurable de negra ingratitud. «El retrato del ilustre General D. Miguel Ricardo de Alava, salvador de Vitoria en la gran batalla de 21 de junio de 1813, fué quemado en la plaza pública de la Diputación por el gran delito de haber sido, aquel á quien representaba, de los que entonces se llamaban *negros.*» Así lo consigna el esclarecido patriarca vascongado Excmo. Sr. D. Pedro de Egaña, exministro de la Gobernación y de Fomento, en una carta que ha visto la luz en *El Noticiero Bilbaino.*

Soberbio contraste formó, con la conducta de alguno de sus compatriotas, la que siguieron para con el expatriado todos los hombres de algún valer de Inglaterra. Halló, en efecto, el General Alava grandes simpatías en la sociedad distinguida del Reino Unido, que supo estimar siempre su justo renombre, su brillante cultura, sus ideas liberales y sus méritos guerreros. «El Duque de Wellingtón—dice Lord Holland—le recibió cordial y cariñosamente. Las mismas cualidades que le habían hecho simpático en el ejército inglés durante la guerra de la Península, le hicieron popular en la sociedad de Londres. Era bien recibido en todas partes, excepto en la corte. Jorge IV, Príncipe reinante, en virtud de la exclusión de los Estuardos, afectaba no olvidar «*al español* que había contribuído, en un momento de peligro nacional, al destronamiento temporal de un Rey...»

Después de residir algún tiempo en Londres con su esposa, fijó su residencia en Tours, aumentando las grandes relaciones que también tenía entre los personajes más notables de Francia. Vivió siempre en la emigración muy modestamente, ya que tenía sus rentas y sueldo embargados, y apesar de ello, jamás quiso percibir la pensión vitalicia que se le había concedido siendo colegial de Vergara, por los méritos de su padre, que atrás dejó consignados.

VI.

ÁLAVA MINISTRO.

La muerte de Fernando VII y la restauración de las libertades públicas abrió á Alava las puertas de la patria. La provincia de Alava le designó para ocupar el elevado puesto de prócer del Reino en el Estamento, y tomó asiento en aquellas famosas primeras Cortes del reinado de la libertad. Uno de sus actos más notables fué aquel en que, al abrirse discusión sobre el proyecto de ley para examinar los empréstitos que en tiempo del Rey anterior había contratado D. Francisco Javier de Burgos, y siendo éste también prócer, pidió á la Cámara que abandonase el salón el interesado hasta que se examinase la cuestión. «Ocupaba el D. Javier—dice D. Juan Valera—su puesto en el Estamento de próceres, cuando le vantándose el respetabilísimo y caballeroso D. Miguel Ricardo de Alava, pidió abandonase el puesto que en el Estamento ocupaba el prócer, de cuyos actos iba á hacerse mención. Sorprendido de tan inesperada demanda, pidió Burgos la palabra, que contra justicia le fué denegada por el Presidente de la Cámara, viéndose, en su consecuencia, el que había sido Ministro de la Corona y era uno de los autores del Estatuto Real, ley fundamental del régimen existente, expulsado, y por lo tanto, obligado á abandonar el salón, sin que le fuera per-

mitido defenderse.» Las Cortes, después, bajo el mando de otro partido, declararon la inculpabilidad de Burgos.

Estaba poco después la guerra civil en su período álgido de venganzas y de carnicería, y las potencias extranjeras, sorprendidas ante la violencia de los excesos, que entre los combatientes se cometían, trataron de poner inmediato remedio, con su respetable intervención (junio de 1834). Para llevar adelante los generosos propósitos del Gobierno inglés y del Marqués de Miraflores en este asunto, nombró el Gobierno Embajador de España en Londres al General Alava, «insigne patricio, decidido liberal y muy querido del Duque de Wellington» dice Valera, quien fué el verdadero iniciador del inmediato envío de Lord Elliot al cuartel general de Zumalacárregui, para arreglar el famoso convenio, que tantas lágrimas y sangre ahorró. Esta es otra de las grandes victorias conseguidas en el terreno de la humanidad por el insigne Alava, que, como hemos visto, estuvo siempre en la brecha para aminorar los males de nuestras malditas discordias civiles, y que tal vez, como ningún otro, se hizo acreedor al nombre de *Padre de los desgraciados vencidos*.

Al retirarse del poder en Madrid el Sr. Martínez de la Rosa y continuar el Conde de Toreno en el Ministerio, quiso éste halagar á la opinión pública, que pedía nombres de garantía y positivas reformas liberales, nombrando Ministro de Hacienda al célebre D. Juan Alvarez Mendizábal, y de Marina al General Alava, que no llegó á ocupar el cargo, porque sus atenciones diplomáticas le retuvieron en Londres. Entró también en aquel Ministerio el General Girón, Marqués de las Amarillas, después Duque de Ahumada, compañero de Alava en la batalla de Vitoria (mayo de 1835). En junio inmediato, y como Ministro de S. M. en Londres, trabajó extraordinariamente, con Lord Palmerston, para lograr el envío del ejército inglés, que debía contribuir á sofocar la guerra carlista.

Caído el Conde de Toreno y encargado Mendizábal por la Reina Gobernadora de formar Ministerio, designó este hombre inolvidable al General Alava para Presidente del Consejo de Ministros, con la cartera de Estado, encargando al Sr. Martín de los Heros de la Gobernación, al Sr. Gómez Becerra de

Gracia y Justicia. No quiso en manera alguna Alava aceptar aquel altísimo puesto, y en su consecuencia, lo ocupó Mendiábal, quedándose el General con la citada cartera. El insigne alavés D. Salustiano de Olózaga fué nombrado Gobernador civil de Madrid. Aquel Ministerio famoso declaró soldados á todos los españoles de diez y ocho á cuarenta años; abrió una suscripción nacional para atender á los gastos de campaña; despertó el entusiasmo del país; restableció el decreto de las Cortes de 1820 suprimiendo todos los mayorazgos, patronatos, fideicomisarios y toda clase de vinculaciones; y autorizó á Olózaga para suprimir las comunidades y derribar los conventos de Madrid. Combatieron al Ministerio los moderados Martínez de la Rosa, Istúriz y otros, que al fin, en medio de las hondas perturbaciones de aquellos tiempos, dieron con él en tierra.

Volvió Alava á su carrera diplomática, siendo Embajador en París y Londres, hasta los sesenta y nueve años, en que ya anciano, molestado por sus penalidades, que fueron consecuencia de sus campañas, de sus heridas y de su prodigiosa actividad, se retiró de la vida pública á su muy querido pueblo de Vitoria, donde era la admiración y el hombre de respeto de todos sus compatriotas. «Desde Vitoria se trasladó, por consejo de los facultativos—dice su biógrafo Arrese—á los baños de Baresges, y allí dejó de existir el 14 de julio de 1843, no sin haber antes vuelto á visitar su ciudad natal, que tuvo á la vez la satisfacción y el sentimiento de contemplar, un mes antes de su muerte, aquella gran figura velada por el dolor y á quien la parca inexorable iba á cortar tan pronto el hilo de su preciosa existencia.»

No fué nunca Alava ni Conde, ni Duque, ni nada de cuanto llegaron á ser muchos de sus compañeros de armas, porque se negó á recibir tales mercedes, y quiso llamarse siempre con el limpio y honrado nombre con que se llamaron sus ilustres antepasados, con el de su muy amada tierra, á la que tan bien sirvió, á la que tanto quiso. Al morir de Teniente General, ostentaba en el pecho las más brillantes condecoraciones de Europa, y entre ellas, la de Santiago, la de San Hermenegildo, la del Baño y otras.

Nunca se separó de su lado aquella distinguida dama, aquella amante esposa, D.^a Loreto de Arriola, que cerró sus ojos al perderle y que se retiró á Vitoria, para vivir con los recuerdos de insigne patricio y para contar siempre con el cariño y el respeto de sus paisanos, en tantas y tantas ocasiones demostrado (1).

VII.

HONORES AL GENERAL.

La memoria del ilustre alavés se ha conservado siempre con respeto entre los vitorianos, sostenida por los viejos sus compañeros de armas y de política, repetida por los adultos y oída con embeleso por los niños. El llano de Vitoria habla con elocuencia al curioso, que recorriendo sus términos, recuerda las principales fases de la batalla. La casa-palacio de los Alavas es saludada con respeto por cuantos aman las glorias de este suelo y por cuantos viajeros entendidos acuden á contemplarla. Alzase este edificio en la segunda vecindad de la calle de la Zapatería, en su ceca izquierda, y fué construída hacia 1530, cuando el gusto del renacimiento decoraba con sus originales bellezas las moradas de los poderosos, y cuando los Martínez de Alava tenían tanta influencia y renombre en el país. Ostenta en este lado una severa fachada de sillería, con dos grandes puertas de arco de medio punto, y con varios balcones característicos en su piso principal, único que tiene. Sobre ambas puertas, y decorando el centro de la obra, se ven cinco escudos de armas, cuatro en línea y uno sobre ellos inclinado. Corona á éste una cimera ó morrión con un grifo, y contiene alternados en sus cuatro cuarteles dos lobos y dos

(1) Tuvo el General un hermano, D. José Ignacio, magistrado y consejero de Estado, padre de D. Ricardo de Álava, actual representante de la casa, y tres hermanas: una que murió soltera en Vitoria, otra que casó con el señor M. Escudero y otra con el Marqués de Fontellas.

menguantes invertidos, armas que siempre ha conservado la casa de Alava. En los que están debajo se ven: en el primero los referidos timbres, en el segundo las diez panelas de los Hurtados de Mendoza, en el tercero las tres barras de Beaumont y en el cuarto el águila haciendo presa en una liebre, de los Esquiveles ó Legardas. En dos ángulos laterales que tiene la fachada y que pudieron ser como indicación de torreones, están repetidas las armas de la casa. En la calle de la Herrería aparece la curiosa fachada posterior, compuesta de dos partes; la opuesta á la principal, de tres pisos y de mampostería, decorada con un bonito cuadrante de reloj y campana, debajo del cual se lee en una tabla esta inscripción:

Apresado en 25 de julio de 1782.

En efecto, aquel reloj fué tomado por el insigne marino D. Ignacio María de Álava en un navío inglés, que con otros cuantos apresó, en una de sus célebres acometidas. Desde esta fachada parte hacia la Herrería una galería de arcos y columnas del Renacimiento, de dos pisos, con exposición al Mediodía, y en cuyo ángulo, sobre la calle, campean el escudo de Álava, que tiene en su orla, como los demás, las aspas, en memoria de la toma de Baeza. Ambas fachadas formaban antes una concurrida plazuela, donde se detenían muchos carros de transporte; pero recientemente el Sr. D. Ricardo de Álava lo ha cercado con una hermosa verja, convirtiendo el interior en bello jardín, de bastante arbolado, y dejando fuera de ella al lado de la acera, la fuente pública, que antes estuvo más en el interior, arrimada á una vetusta posada. Proyecto bien pensado fué el que hubo en algún tiempo, de derribar las casas comprendidas entre esta plazuela y la del palacio foral de la Diputación. A la derecha de la gran escalinata de este bellísimo edificio provincial se alza la estatua en piedra del General Álava, haciendo juego con la del benemérito alavés y diputado también (1791), Sr. Verástegui. Colocáronse ambas estatuas el año de 1864, por acuerdo del inolvidable y malogrado diputado general D. Ramón Ortiz de Zárate, con el beneplácito unánime de la provincia y con el aplauso de todos los alaveses. Las esculpió el inspirado artista D. Carlos Imbert,

maestro querido de cuantos hemos cursado el dibujo en la antigua y ejemplar Academia de Bellas Artes de Vitoria, y á cuyo cincel se deben también las de Vela Ximénez, Fernán González, Alonso XI, Isabel la Católica, Carlos V y Felipe V, que adornan el precioso salón de Juntas. La del General tiene tres metros y veinte centímetros de altura; viste el traje de ingeniero militar con los entorchados de Teniente general, y se apoya en el bastón de mando. Al verificarse la solemne inauguración de estas estatuas, escribió una curiosa biografía de los Sres. Álava y Verástegui, de la que he tomado muy útiles datos, el distinguido literato alavés, catedrático de la suprimida Universidad de Vitoria y hoy de lengua árabe de la de Sevilla, mi querido maestro y compañero D. Daniel Ramón de Arrese.

En el cementerio de Vitoria, que es un hermoso jardín y un museo de bonitas obras, se alza, frente á la puertecilla de entrada ordinaria, el sencillo y elegante panteón del General. Compónese de un cuerpo piramidal truncado, de poca inclinación, que remata en una ornamentada cornisa y en un domo que sostiene la cruz, y que ostenta en su centro, esculpidas en bronce, las armas de Álava y de Arriola, con su corona y grifo coronado, que lleva en el pico la cinta con la inscripción: *Á la más linda Álava*. Entre ambos escudos está la cruz de Santiago, y les rodean, tras de un pabellón orillado por las condecoraciones del insigne capitán, varias banderas y armas, que constituyen un belicoso trofeo. Delante de este cuerpo se alzan dos tumbas iguales, en una yacen los restos de D.^a Loreto de Arriola y la otra se abrirá el día 21 para recibir los del General. Cuatro flamígeros de bronce atan la gruesa cadena que circunda al monumento.

Al abrirse el trayecto de modernas edificaciones, que une á la calle de San Antonio con la de la Estación, en la nueva Vitoria, se dió el nombre de Álava á la calle allí formada. Insignificante es la calle para llevar nombre tan glorioso, y más propio sería aplicárselo á la inmediata, que es la mejor de la ciudad y que lleva el nombre de *La Estación*, vulgar hasta lo sumo, y que honra demasiado á la estación más fea y pobre de todas las líneas férreas.

El Ayuntamiento vitoriano acaba de acordar que, en la fuente monumental que se elevará en la plaza Vieja ó de Castilla, y que convendría llamar en adelante *Plaza de Alava*, se erija la estatua de D. Miguel Ricardo; como se erigirá la de Isabel la Católica en lo alto de la cuesta de San Francisco. Mil enhorabuenas merece la ilustrada y celosa corporación por tal acuerdo.

Todos los poetas vitorianos de nuestros tiempos han honrado la memoria del General, y no es difícil encontrar composiciones escritas en su obsequio por Xérica, Landazábal, Ciórroga, Albeniz, Egaña, Manteli, Medina, Larrazábal, Arcaya, García de Landaluce, Perea, Apraiz, Roure y otros. Todos los periodistas han honrado también su nombre. Para concluir, reproduciré las apreciaciones que acerca de su carácter personal y de su significación han hecho dos distinguidos escritores, el uno que le conoció en sus relaciones con los grandes personajes ingleses, y el otro que oyó muchas veces la opinión, que acerca de él formaron en Vitoria sus contemporáneos. Dice Lord Holland: «La elección más feliz, el accidente más afortunado para la guerra confederada de la Península fué el nombramiento de D. Miguel Ricardo de Alava para el cargo de intermediario entre el Gobierno español y el cuartel general inglés. Tenía la ventaja, no pequeña en España, de su distinguida educación naval; conocía el servicio y le eran muy familiares las maneras y costumbres de la corte. Su carácter franco y abierto y su buena figura le hicieron simpático en el cuartel general y se ganó muy pronto la confianza y amistad particular de lord Wéllington. Poseía algunas de las preocupaciones, pero de ningún modo la suspicacia de sus compatriotas. Impetuoso por temperamento y ligero en la conversación, era, sin embargo, honrado, espontáneo, alegre y cariñoso.»

Dice Arrese: «De un valor probado en cien combates; de capacidad extraordinaria; de una consecuencia política jamás desmentida; sumamente modesto; desinteresado, íntegro, amante del orden, enemigo de la intolerancia y exaltación de los partidos, y dueño, siempre que la ocasión lo requería, de una fuerza de voluntad incontrastable, hizo servir tan relevantes cualidades á la causa de la independéncia y del progreso de

la patria..... El consejo de Alava fué siempre escuchado con respeto por el General en Jefe del ejército aliado, y nadie logró inspirar tanta confianza en el ánimo de Lord Wellington, ni le mereció tampoco testimonios más expresivos de su consideración y aprecio..... La oficialidad inglesa le regaló un precioso servicio de plata, en demostración del afecto y simpatía que despertó en todos los Jefes, durante las campañas, su noble y bizarro comportamiento.»

¡Bien haya, pues, el pensamiento del municipio vitoriano, que va á enaltecer su memoria; que va á honrarse al honrar á aquel perfecto caballero, ya que ha llegado la ocasión, que ansiaba nuestro inspirado Obdulio de Perea, al decir:

«Y nuestra historia, porque al mundo asombre,
y tu recuerdo respetuoso guarde,
con letras de oro escribirá tu nombre!»

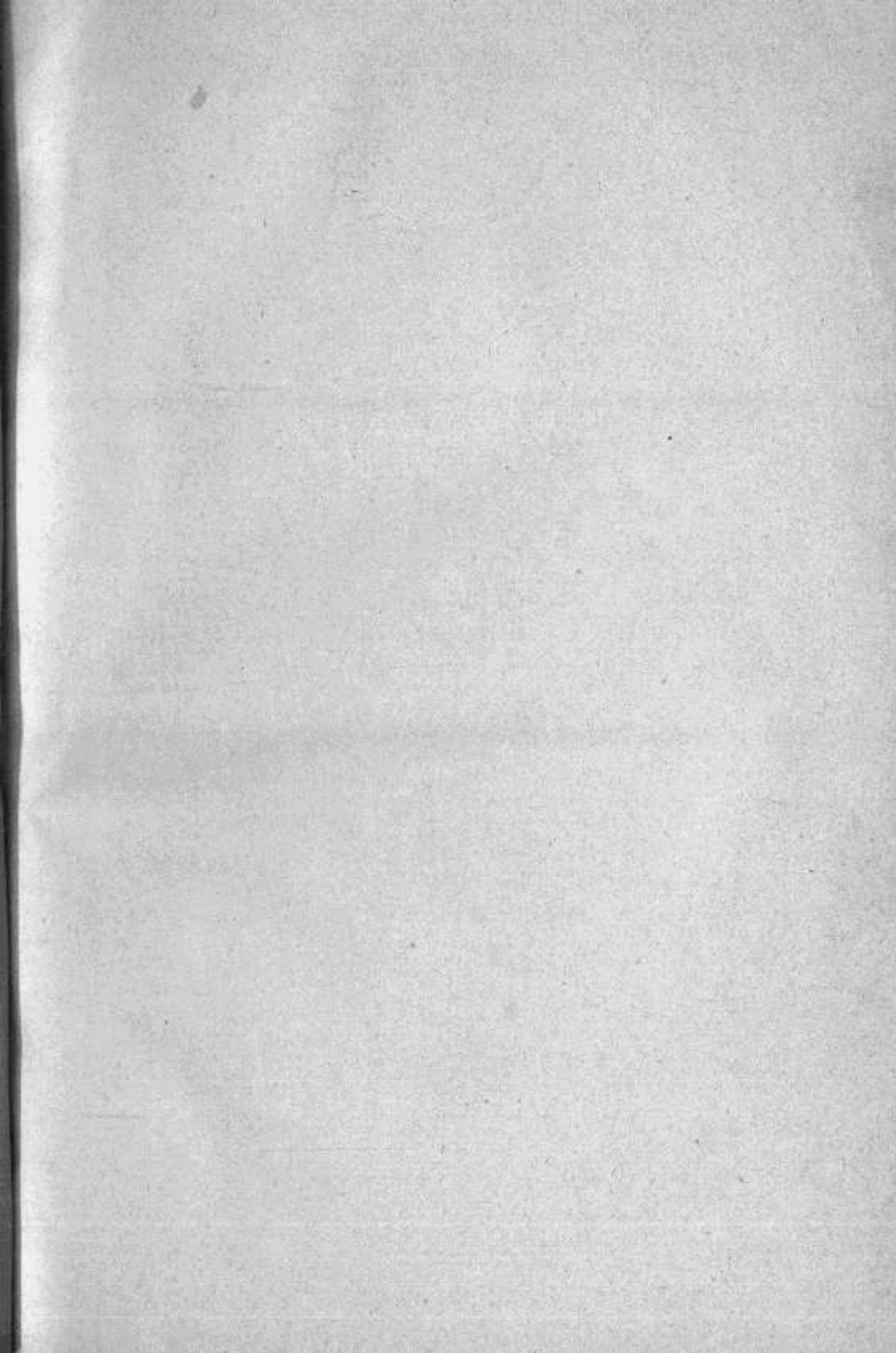
La figura del General Alava, que es una gloria nacional, lo es mucho más aún de la provincia de Alava y de la ciudad de Vitoria. Su nombre bien puede figurar al lado de los de héroes y capitanes tan ilustres como los alaveses Pero López de Ayala, Pero González de Mendoza, Ruiz de Gaona, Juan de Urbina, Diego Hurtado, Francisco Agurto Salcedo y Simón de Anda y Salazar.

Mientras se hable del General Alava, podrá la provincia repetir muy alto, que en ella nacen guerreros valerosos é inteligentes, tanto como los más preclaros; y podrá sostener también con verdad, que á ninguna otra cede en tener hijos tan liberales avanzados, íntegros, consecuentes y entendidos como lo fué aquel patricio insigne y respetable.

Honremos su memoria y sigamos su ejemplo.

Palencia 15 de junio de 1884.







JORNAL DE APTOR

INSTITUTO DE FOMENTO SOCIAL

INSTITUTO DE FOMENTO SOCIAL
CASA DE APOSENTOS DE LISBOA

DE FOMENTO SOCIAL

INSTITUTO DE FOMENTO SOCIAL
CASA DE APOSENTOS DE LISBOA

INSTITUTO DE FOMENTO SOCIAL

INSTITUTO DE FOMENTO SOCIAL
CASA DE APOSENTOS DE LISBOA

INSTITUTO DE FOMENTO SOCIAL

INSTITUTO DE FOMENTO SOCIAL
CASA DE APOSENTOS DE LISBOA

OBRAS DEL AUTOR

EN PRENSA

El romancero alavés

Narración popular de los hechos y tradiciones de esta provincia desde los iberos hasta nuestro tiempo, con curiosísimas notas.—Un tomo de 300 páginas elegantemente impreso.

De Palencia á Oviedo y Gijón

Descripción, historia, monumentos, geología, producciones é industria de todas las comarcas atravesadas por la vía férrea que se inaugurará en agosto próximo. - Un tomo de más de 300 páginas con 3 mapas.

Las minas de Somorrostro

Magnífica edición con numerosos y grandes grabados que ilustran la descripción completa de estos maravillosos criaderos.—Un gran folleto á dos columnas.

PUBLICADAS Y EN VENTA

De Palencia á la Coruña, 10 reales.—*El libro de Alava*, 16.—*El libro de Palencia*, 12.—*La electricidad moderna*, 20.—*Las minas de Barruelo*, 12.—*Los viciosos*, 10.—*El hijodalgo de Albina*, 16.—*Los Mendozas y su tiempo*, 4.—*Estancias de Carlos V en Palencia*, 4.

